



SOMOS IGNACIANOS

P. José Luis Torres-Pardo C.R.

Ediciones Cristo Rey

La primera edición de esta publicación fue escrita a modo de separata por nuestro Padre Fundador, el 16 de febrero de 1963, en Pozuelo de Alarcón, España, cuando todavía pertenecía a su antigua Congregación de los Cooperadores Parroquiales de Cristo Rey.

La edición que ahora se ofrece ha sido corregida y actualizada, y dirigida a la Familia religiosa del Instituto y de la Legión de Cristo Rey, en el marco del Año Ignaciano, con motivo de los 500 años de la Conversión de San Ignacio de Loyola.

I - INTRODUCCIÓN

“Somos ignacianos”, hijos legítimos de San Ignacio y herederos de su espíritu. Injertados providencialmente en él, bulle por nuestras venas su misma sangre.

Vocación hermosísima, de la cual debemos gloriarnos en Cristo.

Vocación hermosísima, que debemos amar con pasión y vivir enteramente todos los días de nuestra vida.

Todo esto es muy verdad. Pero no basta. Importa sobremanera que conozcamos además las razones profundas de nuestra vocación, las características principales de la espiritualidad ignaciana, con las consiguientes aplicaciones a nuestro propio modo de ser, siempre dispuestos, como diría el Príncipe de los Apóstoles, a saber, dar razón de nuestro espíritu: “siempre dispuestos para dar justificación a todo el que os pidiere razón de aquella esperanza que hay en vosotros” (1 Pe 3, 15).

Tema fácil por la abundancia de material, pero difícil, al mismo tiempo, por su complejidad.

* * *

Antes de entrar en materia, digamos algo sobre el concepto de espiritualidad.

¿Qué se entiende por espiritualidad?

En sentido lato: Una forma particular de vida espiritual. Más concretamente: “el ideal de vida y el conjunto de medios propuestos por la Iglesia para hacer avanzar las almas en la virtud y unión con Dios” (P. Plus S.J., *Vers Dieu par S. Ignace*).

Por espíritu de una Congregación entendemos el conjunto de ideales concretos, particularmente amados y vividos - verdaderas ideas fuerzas - que vienen a formar el patrimonio de dicha Congregación, animadas por las aspiraciones profundas que los engendraron.

Dejando aparte las sutiles distinciones que cabría hacer entre ellas, las palabras “espiritualidad”, “espíritu”, “ascética”, “escuela”, vienen a expresar prácticamente una misma realidad y se usan indistintamente.

Espiritualidad y espiritualidades

El Evangelio, evidentemente, ha sido, y será siempre, la fuente perenne de toda auténtica espiritualidad. Sólo el Evangelio, encarnación viva del espíritu de Cristo, tiene, como Jesús, palabras de vida eterna: “¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn. 6, 69).

En este sentido podría decirse que no existe más que una sola Espiritualidad. “Un cuerpo y un Espíritu, así como fuisteis llamados en una esperanza de vuestra vocación” (Ef 4, 4).

Todas las demás espiritualidades deberán, pues, beber de él y tendrán más o menos valor según sea mayor o menor la “dosis” de Evangelio que contengan.

En el Evangelio bebieron todos los Santos y Fundadores, en el transcurso de los siglos: “y todos bebieron la misma bebida espiritual: pues bebían de una piedra espiritual que les seguía; y la piedra era Cristo” (1 Co 10, 4).

De aquí resulta que esencialmente todas las espiritualidades existentes o posibles son iguales. Todas igualmente conducen al hombre a la más perfecta unión de amor con Dios, en el recto uso de las criaturas, por Cristo Redentor. Esta es, en tres palabras, la quintaesencia de la vida espiritual.

Ahora bien, la espiritualidad del Evangelio es demasiado rica para para que pueda toda ella ser vertida y contenida entre los límites de estrechos moldes humanos.

Cada Santo, cada Fundador, inspirado de lo alto, hubo de contentarse con subrayar tal o cual aspecto, reproducir con preferencia tal o cual virtud, emplear este medio de santificación y apostolado más bien que aquel otro, hasta formar un cuerpo armonioso de doctrina y de vida.

Por otra parte, existe entre los hombres toda una gama de temperamentos, caracteres e inclinaciones diferentes. Y Dios nuestro Señor, que gusta de obrar con suavidad y que no destruye la naturaleza, salida de sus manos, sino que, por el contrario, la supone y la ayuda, ha querido sapientísimamente que cada hombre pueda encontrar aquella escuela de espiritualidad que, conduciéndole a las cimas de la perfección, se pliegue, al mismo tiempo, a las exigencias de su propio modo de ser.

Y va surgiendo paulatinamente esa variedad de escuelas de espiritualidad, distintas accidentalmente, dentro de una unidad substancial resplandeciente.

Unidad y variedad, merced a las cuales la belleza incomparable de la Esposa mística de Cristo irradiará con nuevos fulgores. Espiritualidad benedictina, carmelita, cartuja, dominicana, franciscana, agustiniana, ignaciana... ¡Qué diversidad de flores, a cuál más encantadora y flagrante, en el fecundo jardín de la Iglesia!

Todas iguales, en cuanto que persiguen el mismo fin. Pero todas distintas en el modo de emplear, combinar y proporcionar los medios conducentes a dicho fin.

Todas resplandecientes, pero con tonalidades y matices diferentes: “Una estrella se diferencia de otra en la claridad” (1 Co 15, 41).

Todas fecundas en santidad y grandes obras.

Todas, en fin, necesarias. “En la casa de mi Padre hay muchas moradas” (Jn 14, 2).

Cada escuela de espiritualidad marcará a sus miembros con un sello característico, que las distingue de las demás. Verdadero sello de familia, que se manifestará por el gusto hacia unas mismas devociones, una misma manera de proceder, una misma manera de sentir de las cosas, marca de soldados que militan en un mismo cuerpo, una misma doctrina, y aún una misma manera de exponerla, en cuanto sea posible.

Vemos, por ejemplo, cómo los padres, los maestros, que cumplen verdaderamente su misión, “marcan” a sus hijos, a sus alumnos, con su propia fisonomía.

Los hijos, los alumnos, no pueden disimular fácilmente el hogar, la escuela en que han nacido, la mano que les ha formado.

“¡Es igual que su padre!”, “¡lo mismo que su maestro!”, exclamamos enseguida al oírlos y al verlos. Hay algo en ellos característico.

Lo mismo sucede en las escuelas de espiritualidad. El Santo, el Fundador, ha “marcado” también a sus hijos. Verdadera herencia espiritual, que se transmite de generación en generación. “Los que obran movidos por el Espíritu de Dios, estos son los verdaderos hijos de Dios” (Rm 13, 14). Verdad incontestable, que, aplicada a nuestro propósito, rezaría de esta manera: “Los que obran movidos por el espíritu del Padre Fundador, éstos son sus verdaderos hijos”.

Si buscamos, en fin, cuáles son los factores de la espiritualidad de una Escuela o de una Congregación religiosa, encontramos los siguientes:

1°- La persona del Fundador, sus palabras, sus escritos, su misma vida.

2°- Las personas por él formadas, sobre todo las que más y mejor han asimilado su espíritu.

3°- La misión providencial, que han recibido de Dios.

4°- Las necesidades y circunstancias de la época en que han vivido.

Notemos, antes de concluir ésta a modo de introducción, cuánto importa, en general, para alcanzar la santidad, el seguir una espiritualidad determinada, sea para evitar la ligereza y el capricho, escogiendo de la vida espiritual no lo que más necesitamos, sino lo que más nos gusta; sea también por la dificultad de hacernos una síntesis de vida espiritual, olvidando o no subrayando suficientemente algunas de sus partes esenciales.

Decimos: en general. Pues Dios es dueño de llevar a un alma por los caminos que Él quiere, erigiéndose Él solo por guía, según aquellas palabras del Deuteronomio: “el Señor fue su único caudillo” (32, 12).

II - “¿POR QUÉ SOMOS IGNACIANOS?”

¿Por qué esa “preferencia entusiasta por la ascética ignaciana”?

1 - En primer lugar, naturalmente, por voluntad divina. Hemos sido llamados, sin ningún merecimiento de nuestra parte, a esta escuela de espiritualidad.

2 - Supuesta dicha vocación, somos ignacianos también por propia elección nuestra.

Atraídos por el buen olor de la espiritualidad ignaciana, nos hemos alistado, voluntariamente, en esta gran milicia, consagrando así toda nuestra vida a la práctica constante del método dado por Dios a San Ignacio de Loyola en los Ejercicios Espirituales,

que debemos estudiar con amor y constancia, practicar con tesón y cumplir con entusiasmo, a fin de alcanzar nuestra propia santificación, así como la salvación y santificación de los demás.

3 - Hemos sido concebidos y engendrados al calor de los Ejercicios de San Ignacio: nuestro Instituto, "como un aborto" (1 Co 15, 8) es hijo de sus Ejercicios, hijo de su genuino espíritu.

4 - Nuestras Reglas han sido tomadas, en buena parte, de las sabias Constituciones y Reglas con que San Ignacio dotó de vida y movimiento, de armas, de estrategia y táctica de espiritual milicia a su gloriosa Compañía de Jesús. Los ejercicios de San Ignacio son como la sal y el condimento de nuestras Reglas.

5 - Y, en fin, por lo que respecta a nuestra formación, sea en ascética y mística, sea en filosofía y teología, el Instituto ha seguido y sigue siempre la línea trazada sobre todo por los grandes maestros y doctores de la espiritualidad ignaciana.

Estas son las principales razones de nuestra espiritualidad.

No pretendemos con eso que sea exclusiva... La espiritualidad ignaciana es fecundísima. Basta recorrer la historia de la Iglesia, desde San Ignacio hasta nuestros días, para quedar gratamente sorprendidos de la irradiación e influencia de la ascética ignaciana en personas e instituciones.

Podríamos comparar el áureo librito de San Ignacio, con el grano de mostaza del Evangelio, el cual es a la vista menudísimo entre todas las semillas; más en creciendo viene a ser mayor que todas las legumbres, y se hace un árbol, de forma que las aves del cielo bajan y posan en sus ramas (Mt 13, 31).

Nosotros, Padres, Hermanos, Legionarios y Legionarias, somos, por gracia divina, una de esas tantas aves, pajarillos si se quiere, que vienen a cobijarse gustosos bajo las ramas de ese inmenso árbol de la espiritualidad ignaciana, brotado de esa, en apariencia, menudísima semilla, que es el áureo librito de San Ignacio.

III - PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS DE LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

Apresurémonos a decir que estas características o elementos esenciales no son patrimonio exclusivo de la ascética de San Ignacio, pero sí se encuentran en ella fuertemente expresadas, imprimiéndole un sello inconfundible.

Busquemos ahora la manera de reducirlas a una síntesis, lo más completa y luminosa posible.

1ª Característica: racionalidad.

Como se comprende, empleamos la palabra "racionalidad" por oposición a "sentimental" o también, en expresión de San Ignacio, a "sensual" (EE, 182) y no por oposición a "sobrenatural" (lo cual equivaldría a "racionalista").

A - Por "racionalidad" entendemos una espiritualidad fundada en los grandes principios, que expresan el orden divino objetivo, captado por la razón y la fe.

San Ignacio era un hombre de principios, un hombre de síntesis, un "sabio", en el genuino sentido de la palabra. En su espiritualidad, todo está concebido con la mayor simplicidad. Todo se reduce a fijar el fin y los medios conducentes para llegar a él.

Si quisiéramos ilustrar con ejemplos sacados de los escritos del mismo Santo este carácter "racional" de su espiritualidad, nos veríamos obligados a transcribir, casi una por una, todas las páginas de los Ejercicios y demás documentos autógrafos. Baste recordar:

1 - El Principio y Fundamento, síntesis maravillosa del plan de Dios objetivo y de toda la vida espiritual, que late en todas las páginas de los Ejercicios.

2 - La oración preparatoria, inmutable, "la sólita", resumen del Principio y Fundamento, que San Ignacio nos pone siempre delante de los ojos, antes de entrar en oración. "En todas las cosas, mira el fin".

3 - Las Reglas de elección, aplicación práctica y concreta del Principio y Fundamento a cada alma y situación particular.

Antes de entrar en las elecciones, San Ignacio vuelve a presentarnos el Principio y Fundamento, que viene a convertirse para él en una especie de obsesión. "En toda buena elección, en cuanto es de nuestra parte, el ojo de nuestra intención debe ser simple, solamente mirando para lo que soy criado, es a saber, para alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de mi alma y así cualquier cosa que yo eligiere, debe ser a que me ayude para el fin para que soy criado" (EE, 169).

La misma insistente idea reaparece en el primero y segundo modo de elección (cfr. EE, 179-184).

Lo mismo que el albañil está aplicando de continuo la plomada para que el muro vaya derecho, así San Ignacio a cada paso que damos en la construcción del edificio espiritual, nos hace aplicar el Principio y Fundamento.

* * *

Hemos, pues, de ser hombres de principios. Si tuviésemos que expresarnos en términos silogísticos diríamos que nuestras cabezas deberían estar estructuradas a modo de gran fichero, en el cual se hallasen contenidas todas las "mayores", de tal suerte que al encontrarnos con las "menores", es decir, con las circunstancias concretas de la vida, podamos con facilidad, diría automáticamente, sacar las conclusiones debidas.

No podemos, es verdad, ni debemos, ser competentes en todas las materias del saber; pero sí, en el campo de nuestros deberes de estado y profesión, estar suficientemente

formados por la posesión de los grandes principios de la filosofía y teología, que nos hagan aptos para juzgar de la veracidad o falsedad de cualquier afirmación especulativa o práctica.

Necesitamos "cabezas vírgenes", puras, inmaculadas, capaces de penetrar con una simple mirada los grandes principios del orden natural y sobrenatural.

Necesitamos "cabezas férreas", "organizadas", "estabilizadas", capaces de darnos el hábito de un juicio práctico recto, que regule efectivamente todos los actos de nuestra vida según los grandes principios del orden objetivo establecido por Dios. Cabezas a lo Francisco de Borja, a lo Javier, a lo Fabro, Laínez, Salmerón...

No olvidemos que existe una degradación incomparablemente más grave que la del cuerpo. Es la impureza de la inteligencia, la pérdida u obscurecimiento de la fe o de la lógica, la corrupción de las ideas.

El que no detesta el error, o que simplemente lo mira sin displicencia, ya está degradado, mancillado, en su mente.

Los superiores deberán tener un "ojo clínico" para descubrir los hombres de principios, únicos aptos para inculcar esta "ascética racional" necesaria para regular el amor. ¡Ese "ojo clínico" es una cuestión de vida o muerte para el Instituto!

* * *

Sigamos ahondando en la definición de espiritualidad "racional" que asentamos al principio. Decíamos que los grandes principios "expresan el orden divino objetivo". Detengámonos un instante en esta última palabra.

San Ignacio era, ante todo, un hombre objetivo. Partía siempre de la realidad. Se apoyaba siempre en el ser real, es decir, tal como ha salido de las manos de Dios, tal como es. Era un apasionado de la Verdad. De aquí la potencia de idea que imprimía a sus palabras preñadas de luz y de vida, "sustentando todas las cosas con la palabra de su poder" (Hb 1, 3). De aquí también la fuerza de la afirmación, y la importancia que le atribuía.

- Los dogmas no se discuten. Se afirman.
- Los grandes principios no se discuten. Se afirman.
- La realidad no se discute. Se afirma.

Los Ejercicios comienzan por una afirmación rotunda y contundente: "El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y mediante esto salvar su ánima" (EE, 23). Como hace San Juan en la primera palabra de su Evangelio: "En el principio era el Verbo". Ya lo había dicho Jesús en el sermón de la montaña: "Sea, pues, vuestro modo de hablar: sí, sí; o no, no: que lo que pasa de esto, de mal principio procede" (Mt 5, 37).

De ahí, en fin, la solidez de doctrina de la espiritualidad ignaciana. Todo macizo, nada hueco ni fofo. Al fin, como fundada que está sobre piedra y no sobre arena (cfr. Mt 7, 24).

* * *

¡Guerra, pues, al subjetivismo pestilencial que intenta invadirlo todo!

¡Guerra a quienes se atrevan sacrílegamente a trastornar el plan de Dios objetivo, a profanar el ser real!

¡Guerra a la ligereza que nos rodea, y sobre todo al modernismo doctrinal, que han provocado la desestima general de los grandes principios y del orden objetivo!

* * *

Estos grandes principios, dijimos, son "captados por la razón y por la fe".

Por la razón: Ya hemos dicho que la espiritualidad ignaciana no es nada "sentimentalista". Entendámonos: No es que San Ignacio niegue valor a la sensibilidad. Nada más lejos de su espiritualidad. Todo lo contrario, sabe conjugar y armonizar perfectamente sentimiento y razón, no aniquilando sino subordinando el primero a la segunda.

La razón no excluye, pero sí debe regular el sentimiento y la ternura. Esos espíritus "hipercríticos" o "hiperintelectuales", que todo lo arreglan con la cabeza, hielan el corazón cuando hablan.

En este aspecto, los Ejercicios son una verdadera escuela para educar el corazón. Recordemos los coloquios de misericordia de la primera semana, las contemplaciones de la vida de Cristo, en particular las de su infancia y pasión, las aplicaciones de sentidos; las reiteradas expresiones como "con crecido (EE, 60) y mucho afecto" (EE, 234), "queriéndome afectar y alegrar" (EE, 229), "y aquí comenzar con mucha fuerza y esforzarme a doler, tristar y llorar" (EE, 195), "demandar sentimiento y confusión porque por mis pecados va el Señor a la Pasión" (EE, 193), y ese "considerar como todo esto padece por mis pecados, etc., y que debo yo hacer y padecer por Él" (EE, 197), expresiones todas nacidas del corazón de un hombre que padecía del don de lágrimas.

No olvidemos que los hijos de San Ignacio se han distinguido por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y por su propagación y culto.

Pero: una cosa es sensibilidad y otra sentimentalidad.

Una cosa es piedad y otra sensiblería. La vida sensible debe acoplarse a la vida superior para ayudar a esta a entender y querer con mayor perfección las cosas divinas. Entra también aquí el gran principio del "tanto-cuanto".

La sensibilidad debe seguir y ayudar, no preceder ni dominar, ni suplantar ni ahogar a la razón. Esto sería una enfermedad espiritual, la cual desgraciadamente abunda en el mundo de las almas buenas.

Esta lepra no aparecerá en nuestras Comunidades si los que guían las conciencias y dan pláticas, se dirigen más a la inteligencia y a la voluntad que a la sensibilidad; si hablan con piedad, sabiduría y elocuencia, de modo que muevan no con mero sentimiento sino con argumentos sólidos, sobreabundantes de luz y de unción; de esta forma comunicarán al alma plenitud de luz y de unción. Plenitud que, "según las leyes de la naturaleza racional", redundará en las facultades inferiores; las cuales, a su vez, por este medio, se convertirán, "según las leyes de la naturaleza humana racional", en preciosos auxiliares de las superiores, para ayudarlas a entender y querer.

Que los Padres y Hermanos, y los Legionarios, sean hombres como los Pablo y los Ignacio, y que las Legionarias sean mujeres fuertes, como la mujer fuerte de la Biblia, como las santas mujeres del Evangelio, y, más aún, como la Santísima Virgen.

Sintamos, sí; en caso contrario no seríamos personas humanas racionales; pero sintamos como sintieron aquellos Santos, sintamos racionalmente. Que nuestra piedad sea piedad de hombres "hombres". No ahogemos nuestra vida espiritual con una irrupción de sensibilidad.

* * *

Por la fe: dijimos que los grandes principios deben ser captados, no solo por la razón, sino también por la fe. De esta manera, la espiritualidad "racional" se diferencia y aun se opone radicalmente a una espiritualidad "racionalista", "naturalista", "pelagiana", que excluye el orden o la necesidad de la revelación y de la gracia.

No es necesario insistir en este punto. A pesar del marcado tinte "racional" que San Ignacio imprime sus palabras (hasta ser injustamente acusado de racionalista) siempre cuenta con la gracia divina, que sabe muy bien sernos absolutamente necesaria para todo acto saludable.

Por esta razón todas las meditaciones de los Ejercicios comienzan por la "oración preparatoria: "pedir gracia a Dios Nuestro Señor para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad"; seguidas de la petición particular: "demandar la gracia que quiero" (EE, 91).

Una de las máximas de San Ignacio es esta: "Aplicaos como si el resultado dependiese únicamente de vos; pero comportaos sin embargo sabiendo que todo depende de Dios".

Así, por ejemplo, en el primer modo de elección (EE, 180), San Ignacio dice: "pedir a Dios nuestro Señor quiera mover mi voluntad y poner en mi ánimo lo que yo debo hacer acerca de la cosa propuesta, que más su alabanza y gloria sea, discurriendo bien y fielmente con mi entendimiento y eligiendo conforme a su santísima y beneplácita voluntad".

B - Otro matiz de la espiritualidad "racional" es la precisión.

Los grandes principios no solamente deben ser captados por la razón y la fe, sino, además, expresados y aplicados con la máxima precisión.

En la espiritualidad ignaciana todo está previsto ypreciado con una exactitud matemática:

- Precisión en las palabras: San Ignacio nos la recomienda en las reglas 11, 14, 15, 16, 17 y 18: "para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener".

Valgan por todo comentario las siguientes líneas del Padre Calcagno S.J.:

"San Jerónimo dice que "de las palabras dichas desordenadamente se incurre en la herejía", y la historia de la Iglesia demuestra que el error, para penetrar en los ánimos e infundirles confusión, ha procurado siempre emboscarse con la ambigüedad, con la oscuridad y con el equívoco. De ahí se entenderá claramente que los que tienen

obligación de cooperar al magisterio de la Iglesia predicando, enseñando, escribiendo en defensa de la verdad, hayan de expresarse con tanta exactitud y precisión, que hagan imposible toda interpretación errónea. De otro modo harían traición a las almas. Y esto es muy necesario cuando se trata de ciertas materias en las cuales es fácil caer en extremos viciosos. San Ignacio trae como ejemplo aquellas cuestiones que tratan de la gracia y libre albedrío, la fe y las buenas obras, el amor y el temor de Dios, la predestinación. La fe es ciertamente necesaria para salvarse; antes es principio, fundamento y raíz de la justificación; pero no se debe hablar de ella de suerte que induzca a creer que sean inútiles las buenas obras. Igualmente se debe inculcar la necesidad de la gracia y su eficacia, más no de tal forma que venga a dar en el error de los calvinistas, los cuales, para salvar la eficacia de la gracia, niegan el libre albedrío del hombre. Y lo mismo dígase de otros ejemplos que cita San Ignacio, los cuales eran muy oportunos en su tiempo.

Quien quisiera otras aplicaciones prácticas, podría leer en la vida del Padre Baltasar Álvarez, escrita por el Padre la Puente el capítulo XXXIII, donde a propósito de los errores de los "Illuminati", se explica con qué precisión conviene hablar y escribir en materias ascéticas y místicas. En nuestros tiempos hay también muchas cuestiones en las cuales es muy fácil caer en el error, si no se está en guardia contra los extremos viciosos. Frecuentemente se habla de nuestro Señor Jesucristo; pero de un modo muy humano, poco o nada diciendo de su divinidad. Se habla de un sentimiento religioso, pero de un modo tan vago, que hace creer que todas las religiones son buenas. Se ponen por las nubes los derechos del pueblo para alardear de sentimientos democráticos, pero jamás se mencionan sus deberes. Tratando de la cuestión social, recuerdan con vehemencia los deberes sacrosantos de la justicia, callando los no menos sacrosantos de la caridad, y se insiste sobre el mejoramiento económico de las clases inferiores como si fuese posible establecer un paraíso en este mundo y en este sentido abundan los comunistas. No de otra manera acaece cuando se fantasea sobre las famosas libertades defendidas por el liberalismo, libertad de culto, de imprenta, de asociación, de opinión, de conciencia, etc. No distinguen con claridad lo que tales libertades tienen de verdadero, de lo que tienen de falso.

Se podrían añadir otros ejemplos, pero bastan los ya citados para comprender cuán justa sea la recomendación de San Ignacio a los que enseñan o escriben, de que sean claros, exactos y precisos en su doctrina" (*Ejercicios Espirituales de San Ignacio*, 382).

- Precisión también en el conjunto. Lo que llamamos corrientemente un método. La espiritualidad ignaciana en una espiritualidad metódica.

Inútil insistir en la importancia del método, en lo espiritual como en lo profano. Es una verdad de razón y un hecho de experiencia.

También aquí, claro está, la excepción supone y confirma la regla. Hablamos de un modo general, y en el supuesto, no demasiado frecuente, por cierto, sobre todo al principio, de que el mismo Espíritu Santo no arrebatase al alma por caminos que "ni el ojo vio ni el oído oyó" (1 Co 2, 9), pues, como dice muy bien San Ignacio, "sólo es de Dios nuestro Señor dar consolación (luz, orientación) al ánima sin causa precedente (sin método, diríamos aquí), porque es propio del Creador entrar, salir, hacer moción en ella, trayéndola toda en amor de la su divina majestad" (EE, 330).

La eficacia del método ignaciano queda sobradamente probada por los copiosísimos frutos que ha producido, como veremos al final de este trabajo.

San Ignacio en la segunda regla para sentir con la Iglesia recomienda con fuerza el método escolástico, precisamente para obtener esta claridad y precisión de que venimos hablando. Oigamos de nuevo al Padre Calcagno:

“En efecto, la escolástica, con la exactitud de sus términos, con la claridad y brevedad de sus definiciones y divisiones, con la precisión de las tesis, con el procedimiento silogístico, con las distinciones en forma, acostumbra al entendimiento a ver en seguida los varios aspectos de las cuestiones que se presentan; y mientras no permite que el error se descubra con apariencias de verdad, da al mismo tiempo criterios prontos y precisos para distinguir lo verdadero de lo falso. Se lee en la vida de San Clemente Hofbauer, redentorista, que tuvo una luz especial del Señor para descubrir al punto en los libros, discursos y opiniones lo que allí hubiera menos conforme con la sana doctrina; lo cual solía expresar diciendo: tengo nariz católica. Pues bien, el estudio serio de la escolástica da precisamente nariz católica; hace que se olfatee el error; porque el que sabe reducir las cuestiones a pocos términos y a forma silogística, fácilmente descubre las falacias y sofismas bajo las cuales se oculta el error. No es de maravillar que mientras los herejes antiguos y modernos han tenido siempre gran odio contra la escolástica, la Iglesia, por el contrario, la haya siempre alabado y recomendado” (Ibid., 383).

* * *

La precisión en el hablar y en el escribir es algo esencial a nuestro propio espíritu. Supone una pequeña dosis de abnegación para saber renunciar a toda palabra imprecisa y no quedar satisfechos hasta encontrar la más adecuada abnegación para saber renunciar a toda "fraseología", "literatura", en aras de la unidad y precisión del tema que tratamos. Verdadero martirio, que hemos de abrazar por amor de Dios y de las almas.

Necesitamos delimitar conceptos en materia doctrinal: 1°, para no dañar a la pureza de la fe; 2°, para no esterilizar nuestra predicación; 3°, para no dar armas al adversario con equívocos peligrosos.

Seamos enemigos declarados del equívoco, de lo vago, de lo impreciso.

* * *

C - El tercer aspecto que queremos destacar en la espiritualidad ignaciana (dentro todavía del apelativo "racional" que le hemos dado) es la Lógica, lógica férrea.

San Ignacio, como hemos visto, no se contenta con poseer y aplicar los grandes principios, sino que sabe llevarlos hasta sus últimas consecuencias. El alma se siente irresistiblemente "tomada" por sus argumentos, y no puede "escapar" si es consecuente con ellos.

El libro de Ejercicios es un auténtico tratadito de lógica. Sus páginas están saturadas de expresiones como éstas: "ponderar", "considerar y advertir", "notando y haciendo pausa", "detenerse", "reflexionar", "mirar", etc.

En el coloquio de la primera semana: "... y así viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se ofreciere" (EE, 53).

En la meditación del Rey temporal: "todos los que tuvieran juicio y razón ofrecerán todas sus personas al trabajo" (EE, 96).

De los tres binarios, el segundo falta a la lógica, y queda ridiculizado.

Fijémonos en las expresiones: "y todo esto por mí" (en el Nacimiento); "por mis pecados, etc." (en la Pasión), que se clavan en el corazón del ejercitante hasta arrancarle propósitos de total entrega.

En la contemplación para alcanza amor, el alma, a la vista de los innumerables beneficios recibidos de Dios nuestro Señor, debe considerar con "mucho razón y justicia" lo que debe de su parte ofrecer y dar a la divina Majestad, "es a saber, todas mis cosas, y a mí mismo con ellas" (EE, 234).

Para San Ignacio, faltar a la lógica es como faltar a la justicia para con Dios y para consigo mismo.

En un mundo donde impera la irreflexión y la ligereza de las ideas y de las costumbres, gritemos con fuerza: ¡Viva la lógica!, ¡Viva la reflexión y la sensatez!

Nuestros argumentos deberían ser, para emplear una comparación, como esas recias puertas de metal, que cierran automáticamente de un solo golpe.

Lo serán en la medida en que hagamos del silogismo el nervio de nuestra predicación, y de nuestras palabras.

Los modernistas, naturalmente, con su lenguaje fluido y resbaladizo, sienten un horror instintivo por la forma silogística. Saben muy bien que por ese camino pronto se descubrirá la cola "serpentina" y caerían irremisiblemente en el lazo.

Nosotros, por el contrario, somos entusiastas del silogismo. No que tenga que aparecer cruda y escuetamente en la conversación, como en una clase de Filosofía; pero sí, que debe ser el armazón escondido bajo el ropaje de nuestras palabras.

La luz de la lógica y la luz de la fe son una participación que el Verbo Eterno nos concede con su Luz Infinita. Por ambas juntas somos hombres cristianos. El que con la falsa ciencia destruye estas dos luces, destruye su ser de cristiano; y en lo que depende de él, destruye además su ser de hombre. Su pecado contra El que es Luz de Luz, es, pues, más grave que cualquier maldad de cualquier libertino; y su envilecimiento le asemeja a los animales mucho más que cualquier exceso de cualquier disoluto.

La pasión por la verdad, por toda la verdad, y el horror del error, de todo lo que huele a error, hará de nosotros hombres de principios, hombres de precisión, hombres de lógica. En otras palabras, hombres de doctrina. Es esto algo substancial en nuestra espiritualidad, como en la espiritualidad ignaciana.

Aquí está nuestra fuerza y la garantía de nuestra conservación y potencia apostólica, mayormente - como diría San Ignacio si viviese - en nuestros tiempos tan periculosos (cfr. EE, 369).

¿Acaso no tenemos la sensación de vivir en aquellos tiempos de los que hablaba San Pablo precaviendo a su discípulo amado Timoteo? "Sábetelo esto, que en los últimos días surgirán tiempos difíciles" (2 Tim 3, 1). Y más adelante: "porque vendrá tiempo - continúa - en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina, sino que teniendo una comezón extremada de oír doctrinas que lisonjeeen sus pasiones, recurrirán a una caterva de doctores propios para satisfacer sus desordenados deseos y cerrarán sus oídos a la verdad y los aplicarán a las fábulas" (4, 3).

¿Qué hacer?

Escucha al gran Apóstol: "Tú, empero, mantente firme en lo que has aprendido y se te ha encomendado, considerando quién te lo enseñó" (3, 14) ... "Te conjuro, pues, delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar vivos y muertos al tiempo de su venida y de su reino: predica la palabra de Dios, insiste oportuna e importunamente, reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina" (4, 1-2).

¡He aquí el programa!

Seamos verdaderamente amantes, apóstoles y, si es preciso, aún mártires de la Verdad.

Ojalá que cada Padre y Hermano, cada Legionario y Legionaria, en su lecho de muerte pudiera exclamar como otro Pablo: "he combatido con valor, he concluido la carrera, he guardado la fe" (4, 7).

* * *

2ª Característica: magnanimidad.

La magnanimidad es una virtud que nos inclina a acometer obras grandes en todo género de virtudes. "El magnánimo tiene la intención de hacer cosas grandes en cualquier virtud" (S. Th., II-II, q. 129 a.4. ad 1). "Se dice del magnánimo que tiene más cuidado de la verdad que de la opinión" (S. Th. II-II, q.132. a. 2 ad 1). Es lo contrario de la pusilanimidad.

San Ignacio tiene un corazón demasiado grande para contentarse con una mediocridad o vulgaridad. Su alteza de miras, la grandiosidad de sus planes, su ansia ilimitada de más, habrían de reflejarse en su santidad y en su obra apostólica. De ahí su célebre divisa "ad maiorem Dei gloriam".

"Al contemplar la vida de Ignacio -dice Pío XI- uno queda enseguida sobrecogido de admiración por su magnanimidad para buscar con avidez la mayor gloria de Dios" (Pío XI, Carta Ap. *Meditantibus nobis*, del 3 de diciembre de 1922).

Ya antes de su conversión, en Loyola, nos cuenta él mismo en su autobiografía que, "leyendo la vida de nuestro Señor y de los Santos, se paraba a pensar, razonando consigo: ¿Qué sería si yo hiciese esto que hizo San Francisco y esto que hizo Santo Domingo?... Santo Domingo hizo esto: pues yo lo tengo que hacer. San Francisco hizo esto: pues yo lo tengo que hacer..." (San Ignacio de Loyola, *Autobiografía*, I, 9).

Su corazón magnánimo le empuja constantemente a "lo que más".

A - "Lo que más" intensive (en intensidad):

Recordamos varios pasajes de los Ejercicios:

- Principio y Fundamento: "Solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos creados" (EE, 23).

- Llamamiento del Rey temporal: "los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal..." (EE, 97).

- Tres binarios: "Pedir gracia para elegir lo que más a gloria de su divina Majestad y salud del alma sea" (EE, 152).

-Tercer grado de humildad: "por imitar y parecer más actualmente a Cristo Nuestro Señor..." (EE, 167).

- Contemplación para alcanzar amor: "Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad..." (EE, 234).

Los Ejercicios bien hechos, auténticos, sin rebajas, son para hacer Santos canonizables, para alcanzar la cima de la vida espiritual. No son solamente, como algún ingenuo podría pensar, para sacar las almas del pecado y enseñarles a dar los primeros pasos en la vida espiritual. Los Ejercicios son exigentes, terriblemente exigentes. Desde la primera página San Ignacio presenta sin rodeos al ejercitante la meta a alcanzar: "Lo que más". Y esta atmósfera "de lo que más", la respira el ejercitante día tras día, sin poder sustraerse a ella.

San Ignacio no se contenta con buscar la gloria de Dios, más o menos, sino siempre la mayor en todo momento.

B - "Lo que más" también extensive (en extensión):

San Ignacio no se conforma con santificar al hombre. Ansía santificar al mundo entero, extender el bien al mayor número posible de almas. Sentía a lo vivo el llamamiento de Cristo Rey: "Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre" (EE, 95).

Para alcanzar este objetivo, subraya la necesidad de dedicar una atención especial a las personas más influyentes en la sociedad.

"Porque el bien, cuanto más universal es más divino , aquellas personas y lugares que, siendo aprovechados, son causa que se extienda el bien a muchos otros que siguen su autoridad o se gobiernan por ellos, deben ser preferidos. Así la ayuda espiritual que se hace a personas grandes y públicas (ahora sean seglares, como Príncipes y Señores y magistrados o administradores de justicia, ahora sean eclesiásticos, como prelados), y la que se hace a personas señaladas en letras y autoridad, debe tenerse por más de importancia por la misma razón del bien ser más universal; por la cual también la ayuda que se hiciera a gentes grandes, como a las Indias o a pueblos principales o a Universidades, donde suelen concurrir más personas, que ayudados podrán ser operarios para ayudar a otros, deben preferirse" (San Ignacio de Loyola, *Constituciones de la Compañía de Jesús*, 622).

Y en una carta dirigida al Padre Diego Mirón S.J., le escribe San Ignacio desde Roma (1 de febrero de 1553):

"Pues si se mira el bien universal y mayor servicio divino, de esto se seguirá mayor bien, en cuanto yo puedo sentir en el Señor; porque del bien de la cabeza participan todos los miembros del cuerpo; y del bien del príncipe todos los súbditos: en manera que la ayuda espiritual que a ellos se hace se debe más estimar que si a otros se hiciese".

Notemos bien cómo el afán de "lo que más" engendra en San Ignacio la idea de selección, sea respecto de las almas, sea también con relación a los aspirantes jesuitas. Dado el fin de la Compañía, eminentemente apostólico, se comprende que el Santo fuese muy exigente en la admisión de los candidatos.

La anotación 18ª, muy rica en contenido, merece estudiarse con atención. Debemos dedicar más tiempo y esfuerzos con quienes "se puede hacer mayor provecho", que con las personas que son "de poco subiecto" o de poca capacidad natural, de quien no se espera mucho fruto, "maxime" faltando tiempo para todo.

Aplicación a nuestro espíritu:

- Los Ejercicios de San Ignacio son un valiosísimo instrumento de REFORMA.

La idea de prestar a la Iglesia un valeroso auxilio contra sus enemigos lleva a San Ignacio hasta el punto de construir un grandioso plan de ataque para limpiar de turcos el Mediterráneo. Quiere que el P. Nadal lo exponga al emperador Carlos V. A este efecto le escribe dos magníficas cartas por medio del P. Polanco, en donde se revelan las dotes no comunes de organizador de San Ignacio, su gran visión política y, sobre todo, los principios generales que dominan su proyecto y los motivos sobrenaturales, tan familiares en su espiritualidad, con que lo fundamenta.

En la primera carta expone la impresión que produce en el ánimo de Ignacio las frecuentes incursiones de los turcos, y su firme convicción de la necesidad de organizar una armada contra ellos. Le interesa tanto la empresa a San Ignacio que "si pensase hallar crédito en Su Majestad, o en la voluntad divina tuviese mayor señal, se holgaría de emplear en esto el resto de su vejez, sin temer para ir al Emperador, al Príncipe, el trabajo ni peligro de camino, ni sus indisposiciones, ni otros algunos inconvenientes".

En la segunda, San Ignacio expone los motivos que le impulsan a la formación de la escuadra contra los turcos y un modo práctico de hacerse.

La primera razón, naturalmente, es: "que la gloria y honor divino mucho padece, llevándose los cristianos de tantas partes, grandes y pequeños, entre infieles y renegando muchos de ellos la fe de Cristo, como se ve por experiencia, con grande lástima de los que tienen celo de la conservación y adelantamiento de nuestra santa fe católica".

Otra razón es: "que sería fácil, teniendo muy potente armada y señoreando todo este mar, ganar lo perdido y mucho más, en todas las costas de África y en las de Grecia, y las islas del Mar Mediterráneo; y podríase poner el pie en muchas tierras de moros y otros infieles y abrir gran camino para conquistarlos y consiguientemente hacerlos

cristianos; donde no habiendo armada, como se tomó Trípoli, podrían tomarse otros lugares de importancia en la cristiandad".

Pero, los dineros y recursos para tamaña empresa ¿de dónde sacarlos? El Santo, con la ilusión y entusiasmo de un intrépido almirante, va señalando las personas a quienes se podría recurrir para obtener fondos... a las Órdenes religiosas, Obispados, Órdenes de caballería, a los grandes del Reino, los mercaderes, las ciudades marítimas, al Rey de Portugal, otros Príncipes y Señores y, finalmente, al mismo Papa.

La carta termina así: "Mire Vuestra Reverencia todo esto, y diga lo que siente; que, si otros de quienes sería más propio, no hablan de esto, podría ser que uno de los pobres de la Compañía de Jesús se pusiese en ello".

Fruto sazonado y espléndido de la espiritualidad ignaciana fue la figura incomparable de San Francisco Javier, el Apóstol de las Indias.

Javier fue obra del corazón misionero y magnánimo de Ignacio. Tanto su conversión como su ardiente celo de las almas, nacieron al calor de sus Ejercicios (cfr. Pío XI, Carta Ap. *Meditantibus nobis*, del 3 de diciembre de 1922).

Sí. En San Ignacio no hay nada mezquino, nada mediocre. Todo en grande.

¡Ahí está su Compañía, encarnación viviente del espíritu de Ignacio, causando la admiración del mundo entero!

Notemos que la magnanimidad no se opone, ni mucho menos, a la virtud de la humildad. Una y otra, lejos de oponerse, se completan.

Porque el magnánimo no se apoya, como el presuntuoso y soberbio, en sus propias fuerzas, sino en la gracia divina; y, por eso, se lanza sin miedo a "lo que más". No es temerario, sino santamente audaz.

San Ignacio toca su impotencia, sí, porque es muy humilde, y no olvida aquellas palabras de Jesús: "Sin Mí nada podéis hacer" (Jn 15, 5). Pero sabe revestirse de la omnipotencia divina y exclamar como San Pablo: "Todo lo puedo en Aquel que me conforta" (Flp 4, 13).

Estas dos virtudes, magnanimidad y humildad, resaltan a porfía en la espiritualidad ignaciana. Las páginas de los Ejercicios están impregnadas de ellas.

San Ignacio, cuando se lanza a "lo que más", cuenta siempre con la ayuda de la gracia.

Así, por ejemplo, en la oblación de mayor estima y mayor momento, dice: "Yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda...", y, al final: "queriéndome vuestra santísima Majestad elegir y recibir en tal vida y estado" (EE, 98).

En la petición de los tres binarios: "Pedir gracia para elegir lo que más" (EE, 152).

Para alcanzar el tercer grado de humildad, San Ignacio recomienda hacer los tres coloquios de las dos banderas (EE, 168).

El Padre de Franciosi nos dice que "Ignacio había llegado a este tercer grado de humildad; por eso, por la boca de un energúmeno, Lucifer ha declarado "que Ignacio no tenía menos humildad que él (Lucifer) orgullo" (P. Xavier de Franciosi, S.J., *L'esprit de Saint Ignace*).

En sus letanías, ¿no se le invoca como un "prodigio de humildad"?

* * *

Nosotros, Padres y Hermanos, Legionarios y Legionarias, imitemos a San Ignacio en esta virtud. Tengamos siempre clavado en el alma "lo que más". Esta debe ser nuestra divisa.

"Lo que más" en intensidad, buscando, individual y colectivamente la santidad, la alta santidad, por encima de todo, cueste lo que cueste. Si no somos santos, no haremos nada.

Para esto hemos sido llamados al Instituto y a la Legión. Esto es lo que el Instituto y la Legión esperan de nosotros. ¡No jugamos a hacer fundaciones! Para vivir y trabajar "más o menos", instalados en una mediocridad morbosa, no valía la pena reunirnos. Para hacer un Instituto "barato", no era menester tanto sacrificio.

Y no rebajemos el concepto de santidad. Tengamos siempre presente la distinción que hay entre "bueno" y "santo". Existen muchas personas "buenas"... pero muy pocas "santas". No nos contentamos con ser "del común" de los buenos, sino "del propio" de los santos.

Tengamos un corazón muy grande, un corazón a lo Ignacio. Un corazón santamente ambicioso de "señalarse en todo servicio a su Rey eterno y Señor universal", un corazón insatisfecho porque todo lo que hace le parece poco para un tal Rey y Señor.

Y al mismo tiempo un corazón humilde, como corresponde a un Instituto que se siente y se llama el último de todos, "como un aborto" (1 Co 15, 8).

Humildes, sí, pero magnánimos.

Magnánimos, sí, pero humildes.

"Lo que más" en extensión, anhelando conquistar a todo el mundo para Cristo, desde los cenáculos de las Casas de Ejercicios, que, como nuevos Pentecostés, van transformando a las personas de todos los ambientes, a los profesores de colegios y universidades, a los miembros de toda clase de instituciones, cristianizándolo y santificándolo todo, y particularmente a los sacerdotes y religiosos, y las instituciones por ellos regentadas.

Impulsados por este celo de las almas, multipliquemos los esfuerzos para lograr que el mayor número de personas pasen por nuestras Casas de Ejercicios.

Soñemos con invadir el mundo de "equipos volantes" de Padres formados dirigiendo tandas de Ejercicios ininterrumpidamente.

Trabajemos denodadamente por poner, conforme a los deseos de la Santa Sede, en las manos de todo cristiano, y como la cartilla militar que se da a todo soldado, este tesoro reservado para nuestros tiempos por la divina Providencia.

El mundo va mal... El tiempo urge... y tenemos prisa.

¡Avanzar, avanzar, avanzar!

"Así, que, mientras tenemos tiempo, hagamos el bien a todos y mayormente a aquellos que son, mediante la fe, de la misma familia que nosotros" (Gal 6, 10).

3ª Característica: virilidad.

San Ignacio había sido un valeroso soldado. Recordemos, entre otros rasgos característicos de su vida, la intrepidez con que defendió el sitio de Pamplona, su fuerza de alma en la operación que debió sufrir en una pierna, la valentía con que persiguió al moro que se atrevía a empañar la virginidad de Nuestra Señora... Un militar y un caballero en el pleno sentido de la palabra.

Cae herido, más por la gracia divina que por el trozo de metralla... y, como otro Pablo, descubre, al leer su vida, la figura majestuosa y seductora de Jesús.

Se despoja de sus vestidos de soldado, se viste de peregrino, sueña en mil hazañas por amor de Cristo, se pone en camino hacia Montserrat. Y allí vela las armas toda la noche, bordón en mano, la espada y puñal colgados ante el altar de la Virgen (cfr. San Ignacio de Loyola, *Autobiografía*, II, 17-18).

Cristo le ha ganado el corazón. Un hermano lego del monasterio de Montserrat, encargado de distribuir la comida a los pobres, entre los cuales se acercaba Ignacio, recién convertido, hizo de él este retrato: "aquel peregrino era loco por nuestro Señor Jesucristo".

Las páginas de los Ejercicios están ardiendo de este amor apasionado por Jesús.

"¿Qué he hecho por Cristo?

¿Qué hago por Cristo?

¿Qué he de hacer por Cristo?" (EE, 53).

Jesús se le aparece, ante todo, como un "Rey eterno y Señor universal" que llama a todos, y cada uno en particular, a una gran empresa: "mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre" (EE, 95). Este "sumo capitán general de los buenos" (EE, 138) "llama y quiere a todos debajo de su bandera" (EE, 137).

Ignacio se entusiasma... y se atreve a lo imposible. El amor de Jesús le espolea: "El amor de Cristo nos apremia" (2 Co 5, 14).

En cierta ocasión le amenazan con la cárcel... y confiesa con energía: "No hay grillos en Salamanca ni cadenas en todo el mundo como las que deseo llevar por amor a nuestro Señor Jesucristo".

En otra oportunidad, le dijeron sus enemigos: "Te quemaremos como a un hereje". Él respondió: "Pues yo sólo deseo veros abrasados a vosotros en el amor a Jesucristo". Empujado por este amor, consagrará toda su vida a comunicarlo a los demás; y a su Compañía no le impondrá otro nombre sino el de Jesús.

La espiritualidad ignaciana es cristocéntrica. Palpita entre las páginas de los Ejercicios del Corazón de Jesús. Cristo es para San Ignacio un Rey a quien seguir y un Modelo a quien imitar.

He aquí el Principio y Fundamento, la Idea-Fuerza de su espiritualidad.

Las meditaciones del Reino y de las dos Banderas son como el alma de los Ejercicios.

Émulos del Fundador, fueron, entre otros, los Padres Hoyos, Ramière y la Colombière, heraldos de la devoción al Corazón de Jesús.

Hemos dicho que la espiritualidad ignaciana está centrada en Cristo. Mas sería un error y un vacío imperdonable silenciar, hablando de San Ignacio y de su escuela, la devoción a la Santísima Virgen.

Tanto la conversión, como la vida y escritos de San Ignacio estuvieron impregnados del más ardiente amor a nuestra Señora.

El libro de los Ejercicios, en particular, despide también este suave olor de María Santísima.

La Virgen es la Medianera para con Jesús, como Jesús lo es para con el Padre. Hemos, pues, de invocarla con confianza. En las cuatro semanas de los Ejercicios, San Ignacio nos propone los tres coloquios, de los cuales "el primer coloquio a nuestra Señora" (EE, 63).

La Virgen es también Modelo nuestro. Hemos de imitarla. "Ver a nuestra Señora... y reflexionar para sacar provecho de tal vista" (EE, 106), "...Oír lo que hablan el ángel y nuestra Señora..." (EE, 107), "...mirar lo que hacen el ángel y nuestra Señora, es a saber, el ángel haciendo el oficio de legado y nuestra Señora humillándose y haciéndole gracias a la divina majestad..." (EE, 108). "Quien quisiere imitar en el uso de los sentidos a nuestra Señora..." (EE, 248).

Con Justicia es invocado San Ignacio como "celosísimo por el culto de María". Y entre sus hijos destacan a porfía como devotos de la Virgen los tres angélicos jóvenes, San Estanislao de Kotska, San Luis Gonzaga y San Juan Berchmans.

* * *

También nuestra espiritualidad, como indica nuestro nombre, está centrada en Cristo Rey. El culto entusiasta de la Realeza social de nuestro Señor Jesucristo es algo nuestro esencialísimo.

Padres y Hermanos, Legionarios y Legionarias, hemos de ser de "los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal" (EE, 97).

Nos hemos reunido para servir a Cristo, Rey de las inteligencias, de las voluntades y de los corazones; Rey de los individuos, de las familias, de las sociedades.

Vocación la más hermosa... y la más "oportuna".

¿No es acaso de la mayor actualidad predicar la Realeza de Cristo a un mundo infectado por el naturalismo, el liberalismo y, su heredero, el perverso marxismo?

“Clama, no ceses, como trompeta alza tu voz” (Is 58,1).

En el prefacio a las Obras del Padre Ramiere S.J., encontramos la quinta esencia de nuestra devoción de Cristo Rey. No, no se concibe un Padre o Hermano de Cristo Rey, un Legionario o una Legionaria que no vibre de santo entusiasmo leyendo esas páginas.

A defender, pues, queridos Padres y Hermanos, Legionarios y Legionarias, los derechos de Jesucristo sobre familias y Estados... Ensalcemos a los Clodoveo, San Fernando, San Luis, y a otras tantas cabezas coronadas que se prosternaron pública y oficialmente ante el Rey de Reyes, y lo exaltaron en sus dominios, supeditando lo temporal a lo eterno... Y si un día en alguno de estos países laicos y ateos fuésemos perseguidos por haber pregonado la majestad Real del Redentor, regocijémonos espiritualmente, aceptemos con alegría la injusticia. Sufrir por tan alta causa es un premio en esta vida y en la otra.

"Porque quien se avergonzare de mí y de mis palabras, de ese tal se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga en el “esplendor de su majestad y en la de su Padre y en la de sus Santos Ángeles” (Lc 9, 26).

La devoción a la Virgen, como consta en nuestra tradición, oral y escrita, es también algo esencial a nuestro espíritu.

* * *

Sigamos destacando aspectos y matices dentro de esta tercera característica.

La realización del ideal "Cristo-Rey" cristaliza en la idea de servicio.

- “El hombre es criado para... servir a Dios nuestro Señor” (EE, 23).
- "Los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno..." (EE, 97)
- “haciéndome yo un pobrecito y esclavito indigno, mirándoles y sirviéndoles en sus necesidades..." (EE, 114).
- "...para que yo enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su divina majestad” (EE, 233).

Esta idea de “servicio” es típica en la espiritualidad ignaciana. Aparece repetidas veces a través de las páginas de los Ejercicios. Es la respuesta al Llamamiento de Cristo Rey.

San Ignacio la emplea con preferencia a la palabra "amor". ¿Por qué?

Para evitar todo posible equívoco y precaver ilusiones. En la época de San Ignacio (como hoy día), el desorden sentimental había falseado la verdadera noción del amor.

"No todo aquel que me dice: ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial" (Mt 7, 21).

No todo el que dice "amor", "amor", es verdadero amador, sino el que hace la voluntad del amado. Porque, dice San Ignacio, "el amor se debe poner más en las obras que en las

palabras" (EE, 230). Jesús había dicho lo mismo: "Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando" (Jn 4, 13).

¿Por qué, por ejemplo, no dijo Jesús: "Si alguno quiere venir en pos de mí, que me ame", sino: "que se niegue a sí mismo, que tome su cruz cada día y que me siga" (Lc 9, 23)?

Sin duda, para precisar de qué amor se trata. Es decir, de un amor ordenado. Y para que sea ordenado, es necesario quitar las "afecciones desordenadas", los obstáculos al amor, lo cual en lenguaje ignaciano se llama indiferencia.

Trabajo penoso y prolongado que no gusta naturalmente a la pobre naturaleza caída, ni a los pseudoamadores de este mundo, porque supone no pequeña dosis de abnegación y renunciamento.

San Ignacio pone siempre "el dedo en la llaga". ¡Fuera equívocos! El amor se demuestra en el servicio y en la entrega.

Amar y servir: he aquí dos palabras inseparables para él.

La petición de la contemplación para alcanzar amor dice así: "Pedir lo que quiero: será aquí pedir conocimiento interno de tanto bien recibido para que yo enteramente reconociendo pueda en todo amar y servir a su divina Majestad" (EE, 233).

Y en la anotación n° 15: "...más conveniente y mucho mejor es, buscando la divina voluntad, que el mismo Creador y Señor se comuniquen a la su ánima devota abrazándola en su amor y alabanza y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle adelante".

Sí, digámoslo bien alto, el amor es verdaderamente el alma de los Ejercicios, desde la primera semana hasta la contemplación que lleva su nombre, inclusive.

Pero un amor de verdad, que se traduce en actos de servicio.

El soldado demostrará su amor a la patria, sirviéndola.

El hijo demostrará el amor a sus padres, sirviéndoles en sus necesidades.

Y el servicio supone evidentemente, repitémoslo, renunciamento, condición indispensable del verdadero amor. Y es precisamente este aspecto el que destaca más en la espiritualidad ignaciana.

* * *

Claro está que del hecho que se abuse de la palabra amor no debe impedirnos el pronunciar esta palabra. Pero precisando bien que se trata de un amor ordenado.

¡Padres y Hermanos, Legionarios y Legionarias! Hemos de sospechar de todo autor o predicador que hable de amor sin hablar de regulación, de abnegación; y, de nuestra parte, si cantamos las grandezas del amor, no olvidemos su elemento esencial: la regulación en el uso de los medios: "tanto-cuanto".

El carácter "viril" de la espiritualidad ignaciana implica, por lo dicho, un esfuerzo grande de voluntad.

San Ignacio era un hombre de una voluntad de hierro; decimos voluntad, por oposición a sentimentalismo (recordar a este propósito lo que dijimos hablando de la espiritualidad "racional").

El problema de la santidad, supuesto, naturalmente, el concurso divino de la gracia, es un problema, sobre todo, de voluntad.

"Si alguno quiere venir en pos de mí" (Lc 9, 23).

"Si quieres ser perfecto" (Mt 19, 21).

¡Cuántas veces sabemos perfectamente lo que deberíamos hacer y no lo hacemos! "Veo lo mejor y lo apruebo, sigo lo dañoso", como decía el poeta (Horacio). Y San Pablo a los Romanos (7, 19): "No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero".

San Ignacio, repitémoslo, sabe muy bien que, sin la gracia divina, somos físicamente impotentes para todo acto saludable. Razón por la cual nos hace pedir siempre esa gracia antes de entrar en oración: "pedir lo que quiero", o antes de entrar en elección: "pedir a Dios nuestro Señor quiera mover ni voluntad y poner en mi ánima lo que yo debo hacer acerca de la cosa propuesta, que más su alabanza y gloria sea" (EE, 180).

Pero, supuesta esta verdad, he de poner de mi parte toda mi voluntad para alcanzar "lo que más" me conduce al fin para el cual soy criado, es decir, la santidad, sabiendo que "al que pone de su parte todo lo que puede, Dios no le niega nunca su gracia".

La ascética ignaciana postula el pleno uso de la voluntad. No es ni "sentimentalista" (predominio del sentimiento sobre la razón y la voluntad), ni "pelagianista" (atribuyendo toda la obra de la salvación y santificación al solo esfuerzo de la voluntad), ni tampoco "quietista" (que le atribuye a sola la gracia divina).

La regla nº 17 para sentir con la Iglesia, siempre de actualidad, es muy digna de tenerse en cuenta, pues refleja el ambiente de la época en que vivía San Ignacio:

"Asimismo no debemos hablar tan largo instando tanto en la gracia, que se engendre veneno para quitar la libertad. De manera que de la fe y gracia se puede hablar cuanto sea posible mediante al auxilio divino, para mejor alabanza de la su divina majestad, mas no por tal suerte ni por tales modos, mayormente en nuestros tiempos tan periculosos, que las obras y libre arbitrio reciban detrimento alguno o por nada se tengan".

En los Ejercicios, esa "insigne palestra del espíritu... la voluntad se fortalece por extremo" (Pío XI, Encíclica *Mens nostra*).

"¿Que debo hacer para ser santa?", preguntó en cierta ocasión a Santo Tomás de Aquino una hermana suya. Respondió el Santo lacónicamente: "¡querer!". Y esta palabra: "querer", la encontramos a cada paso en el libro de San Ignacio.

Recordemos, entre otros muchos, algunos pasajes: La oblación de mayor estima y momento: "que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada..." (EE, 98).

La meditación de los Tres binarios no tiene otro fin que disponer la voluntad para una buena elección. El primer binario "querría", pero no quiere de hecho. El segundo quiere, pero

con condiciones. Solo el tercero quiere de verdad, ..."poniendo fuerza de no querer aquello si no le moviere el servicio de Dios nuestro Señor" (EE, 155).

La famosa nota (EE, 157): "...pedir en los coloquios (aunque sea contra la carne) que el Señor le elija en pobreza actual y que él quiere, pide y suplica..."

En el tercer grado de humildad, "quiere y elige más pobreza con Cristo pobre, que riqueza..." (EE, 167).

En la Pasión, para sentir "dolor con Cristo doloroso", he de "comenzar con mucha fuerza y esforzarme a doler, tristar y así trabajando por los otros puntos..." (EE, 195).

Para ordenarse en el comer, hay que "determinarse consigo para la comida a cena por venir... Si es tentado a comer más, coma menos..."

Para vencer la desolación (EE, 318), "nunca hacer mudanza, más estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba...", más aún: "mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación..." (EE, 319).

En fin, para alcanzar "lo que más" es menester ante todo querer, o, por lo menos, "querer, querer", que en lenguaje ignaciano se llama "afectarse".

Las Reglas de elección de San Ignacio son un tratadito magistral e insuperable para enseñar al hombre el recto uso de su voluntad libre.

* * *

Otro aspecto interesante de la "virilidad" ignaciana es el espíritu de lucha, el "agere contra".

La ascética de San Ignacio es una ascética activa, de combate y de conquista.

La voluntad tiene que pelear contra los enemigos, internos y externos, que le impiden seguir a Cristo y alcanzar su fin.

El nombre de "Ejercicios" está pregonando actividad.

Las meditaciones características del Reino de Cristo y de las Dos Banderas, hablan de ejércitos, de luchas y de conquistas. El que no se alista bajo la bandera de Cristo "sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por "perverso caballero" (EE, 94).

San Ignacio escoge el nombre de "Compañía" para designar la nueva Institución.

Quiere que sus hijos sean como "caballeros ligeros" (expresión suya) de este escuadrón, siempre a punto para acudir a los desafíos de los enemigos, y a defender y ayudar a sus hermanos.

La fraseología ignaciana es guerrera cien por cien.

"Los rasgos generales de la ascética ignaciana, que más ofenden y revuelven ciertos espíritus, son su dureza, su austeridad, sus exigencias e intransigencias, el temple heroico que exige en el ejercitante. Expresiones como éstas: "Quitar de sí todas las afecciones desordenadas" (EE, 1), "poniendo todas sus fuerzas, para venir al contrario

de lo que está (el ánimo) mal afectada" (EE, 16), "vencer a sí mismo" (EE, 21), "hacernos indiferentes a todas las cosas creadas (EE, 23), "haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano" (EE, 97), "tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer e interés" (EE, 189), "haciendo lo diametralmente opuesto" (EE, 325) y otras semejantes, chocan con demasiada violencia con esos espíritus, que quisieran una espiritualidad más humana, más blanda y apacible, que hablase menos de abnegación y vencimiento" (P. José M^a Bover S.J., *Los Ejercicios de San Ignacio y la Espiritualidad de San Pablo*).

"También en la Ascética se ha introducido el antimilitarismo. Hay personas espirituales, cuyo ideal es una santidad alcanzada sin luchas ni combates, sin enemigos, sin armas, sin milicia. Naturalmente, a semejantes espíritus pacifistas les ofende y repele la ascética militante de los Ejercicios Ignacianos. ¿Es justa semejante aversión? ¿Puede existir o concebirse una santidad sin tremendas batallas y sin sangrientas victorias? Fácil sería demostrar por la Escritura, por la Tradición cristiana y por la experiencia de cada día, que la vida espiritual, desde sus primeros pasos hasta su consumada perfección, es siempre vida de continua pelea, en que el avanzar no es otra cosa que luchar y vencer; que, por tanto, sin milicia, sin espíritu militar, la santidad es una utopía" (Ibid.).

La espiritualidad de San Ignacio venía a echar por tierra la doctrina herética de Lutero, para quien la gracia de Dios lo es todo y la voluntad humana no tiene nada que hacer en el camino espiritual.

¿Acaso el espíritu del Evangelio no es un espíritu de lucha? "El que quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz, y que me siga" (Lc 9, 23). "El Reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los que se la hacen son los que le arrebatan" (Mt 11, 12). "No he venido a traer la paz sino la guerra" (Mt 10, 34).

¿Y la ascética de San Pablo? Sus sentencias suenan a galopar de caballo de batalla.

El cristiano es para el Apóstol el soldado de Cristo. "Trabaja como buen soldado de Cristo", le dice a Timoteo (2 Tim 2, 3). He aquí un pasaje hermosísimo:

"Por lo demás, confortaos en el Señor y en la magnitud de su poder. Vestíos de la armadura de Dios, para que podáis resistir ante las asechanzas del diablo; porque no es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los poderes de este mundo en tinieblas, contra los espíritus malos esparcidos en los aires. Ceñíos, pues, la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y, venciendo todas las cosas, quedar victoriosos. Estad, pues, alerta, ceñidos vuestros lomos con la verdad, revestidos con la coraza de la justicia, calzados los pies, prontos para el evangelio de la paz. Embraced en todo momento el escudo de la fe, con el cual podéis apagar los encendidos dardos del enemigo..." (Ef 6, 10-16).

De las metáforas de la guerra pasa a las del atletismo: y compara la vida del hombre con un estadio en donde todos tenemos que correr a la vista de los ángeles y de los santos. Y así como los atletas se sometían a un reglamento riguroso "para ganar una corona corruptible", ¿qué hemos de hacer nosotros para ganar una de esas coronas?

"Así que yo voy corriendo, no como quien corre a la aventura; peleo, no como quien da golpes al aire, sino que castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, habiendo predicado a los otros, venga yo a ser reprobado (1 Co 9, 26).

Dos clases de enemigos tenemos que combatir:

Enemigos internos:

La primera victoria que hay que reportar es contra sí mismo, contra las propias pasiones. "Véncete a ti mismo".

"Los que más se querrán afectar... no solamente ofrecerán sus personas al trabajo, más aún, haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán oblaciones de mayor estima y mayor momento" (EE, 97).

En cierta ocasión le preguntaron a San Alonso Rodríguez, que estaba enfermo:

- Hermano, ¿de qué sufre?
- Y contestó: "del amor propio".

El amor propio ama desordenadamente los bienes del cuerpo y del alma. De aquí brotan la sensualidad y la soberbia, el apego a los placeres, a las riquezas y a los honores.

San Ignacio lo sabe muy bien. Y declara la guerra a este dragón de tres cabezas. ¿Cómo? Con la práctica de la mortificación, de la pobreza y de las humillaciones.

Toda la segunda y tercera semana de los Ejercicios están orientadas a matar en nosotros estos tres enemigos: "Los enemigos del hombre son los de su casa" (Mt 10, 36).

Recordemos, de un modo especial, el tercer grado de humildad.

La mortificación es una virtud fuertemente acentuada en la espiritualidad ignaciana. Sabida es la respuesta que solía dar San Ignacio cuando alguien le ponderaba la santidad de una persona: "será santo si es mortificado". El espíritu de mortificación era para él como la piedra de toque para juzgar de la santidad de un alma.

No hay victoria mayor que la de aquél que se vence a sí mismo. Y los Ejercicios tienen precisamente este fin próximo: "Ejercicios espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea" (EE, 21). Este espíritu de mortificación, en general, engendrará una ascética fuerte, austera, disciplinada, como corresponde a verdaderos soldados.

San Ignacio no era de esos hombres que fácilmente se quiebran al primer soplo de viento... "¿Qué es lo que salisteis a ver en el desierto? ¿Alguna caña que a todo viento se mueve?" (Mt 11, 7). Quería que, al igual que él, sus hijos tuvieran temple de acero.

* * *

En nuestras comunidades también debe respirarse una atmósfera de disciplina y observancia regular.

Soldados de vanguardia, acostumbrados al frío y al calor, a las privaciones y contratiempos, a las cicatrices y a la sangre, a la sed y al hambre, a las balas y al polvo del

camino... ¡Somos de los trescientos de Gedeón que no doblaron sus rodillas para beber del agua del arroyo (cfr. Jue 7, 6), y que no merecieron el reproche del Señor: "El que sea miedoso y cobarde que se vuelva" (Jue 7, 3).

* * *

Señalemos, aunque sólo sea de paso, una virtud fruto de este espíritu de mortificación, en la cual se señalaron los discípulos de San Ignacio: la modestia.

San Juan Berchmans, un prodigio de modestia como buen hijo y discípulo de San Ignacio, la definía así: "La virtud que modera todos los movimientos del cuerpo y alma, gobernándolos con honestidad y decencia".

Recordemos las famosas reglas de modestia escritas por el Santo y el hecho prodigioso que acompañó a su explicación en la casa de Roma, signo manifiesto de su aprobación por parte de Dios: "parece que nuestro Señor nos ha querido dar a entender que no le desagradan estas Reglas", comentó San Ignacio.

"Para asegurar la observancia de estas Reglas había establecido San Ignacio que todos los lunes, después de comer, hubiese consulta. San Francisco Javier, Salmerón y Borrell, debían reunirse para examinar lo tocante al comportamiento exterior de los miembros de la comunidad. Si descubrían un punto del cual pudiese resultar alguna desedificación, sea en palabras, sea en gestos, sea en las otras acciones, quedaban obligados a poner remedio" (P. Xavier de Franciosi, S.J., *L'esprit de Saint Ignace*).

San Ignacio era un modelo perfectísimo de modestia y quería que los suyos se distinguiesen, como él, en esta virtud. "A veces -dice el P. Franciosi- cuando iban por el pueblo, el Santo les seguía durante algún tiempo con la mirada, y si sorprendía en alguno de ellos alguna precipitación, o dejadez, o algo que desdijese de su estado, los corregía y reprendía". Hasta tal punto que los hijos de San Ignacio eran reconocidos enseguida como tales a causa de su modestia y porte exterior.

No faltó naturalmente quien atribuyese a hipocresía esta modestia religiosa. Llegó a oídos de San Ignacio, quien respondió: "plegue al Cielo que esta "hipocresía" haga cada día nuevos progresos entre nosotros".

Recordemos las Reglas de templanza (EE, 210) de los Ejercicios, especialmente la 5ª: "mientras la persona come, considere como que ve a Cristo nuestro Señor comer con sus apóstoles, y cómo bebe y cómo mira y cómo habla; y procure de imitarle".

* * *

¡Ojalá que a nosotros, Padres y Hermanos, Legionarios y Legionarias, se nos reconociese también por la modestia y porte exterior, y se nos distinguiese como hijos de San Ignacio!

* * *

El apego a las riquezas y a los honores se arranca con la práctica de la pobreza y de las humillaciones.

San Ignacio no conoce medio más seguro y más rápido para llegar a la humildad, fundamento del edificio espiritual, que la pobreza y las humillaciones. Ambas son como el eje sobre el cual se asienta todo engranaje de la vida espiritual.

Pobreza y humillaciones son la quintaesencia del "sermón que Cristo nuestro Señor hace a todos sus siervos y amigos" (EE, 146).

Pobreza y humillaciones, según San Ignacio, son la marca distintiva de los que "quieren imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor" (EE, 167).

Quiso también que fuesen la marca distintiva de sus hijos, como la fueron de él mismo. Sabidas son las lágrimas que le costaron su deliberación sobre la pobreza, y las humillaciones extraordinarias que padeció por el nombre de Jesús.

* * *

En nuestra espiritualidad ocupan también un lugar muy destacado la práctica de la mortificación interior, la pobreza y las humillaciones, como lo atestiguan nuestra tradición y nuestras Reglas. Esta debe ser la leche con que se alimenten nuestros novicios, y todos los legionarios que aspiren seriamente a la alta santidad.

* * *

Veamos ahora, en dos palabras, la estrategia militar de San Ignacio. Podemos resumirla en cuatro principios prácticos:

- 1) Conocer bien la táctica del enemigo: Es el fin de la mediación de las Dos Banderas, y las Reglas de discernimiento de espíritus.
- 2) Resistir, no cambiar los propósitos (regla 5).
- 3) Reforzar el punto débil (regla 14).
- 4) "Divide y vencerás": Un secreto para conseguir la victoria es dividir el ejército del adversario. Esta es la táctica del examen particular que tiene por fin desarraigar, uno por uno, todos los defectos (cfr. regla 14).

5) "Atacar". Mejor es atacar que aguantar. Lo más característico del espíritu ignaciano es la ofensiva. El que se contente con defenderse (regla 5) no avanzará. Hay que contraatacar (regla 6): ¡"Agere contra"! (cfr. regla 12).

Observemos que San Ignacio en sus Reglas para sentir con la Iglesia, no hace otra cosa sino observar la posición del enemigo y llevarle la contraria en todo. Observa que los protestantes no admiten el magisterio de la Iglesia, y nos inculca que "debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a la vera esposa de Cristo nuestro Señor, que es la nuestra santa madre Iglesia jerárquica" (regla 1).

Observa el desprecio de los protestantes por la confesión, por la comunión, por la misa, por los santos, por los salmos y largas oraciones vocales, por las religiones, por la virginidad y continencia, por los votos, por las sagradas reliquias, por las peregrinaciones, indulgencias, ayunos y abstinencias, etc. etc., y afirma rotundamente que "para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener" hemos de alabar todas estas cosas.

6) No quedar solos en la lucha: Pedir ayuda. El enemigo es muy fuerte... tenemos necesidad de un director espiritual.

"¡Ay del sólo! que cuando cayere, no tiene quien le levante" (Qo 4, 10; cfr. regla 13).

Y llegamos ahora al punto neurálgico y más característico de la ascética ignaciana: la obediencia, "virtud que más necesaria es y más esencial que ninguna otra en esta Compañía y donde más encarecidamente en las Bulas de nuestro Instituto por el Vicario de Cristo se nos encomienda que procuremos señalarlos" (San Ignacio de Loyola, *Carta al P. Diego Mirón*, del 17 diciembre 1552).

"Ningún ejercicio tengo por más oportuno y necesario para el bien común de la Compañía, que éste de obedecer mucho y bien" (San Ignacio de Loyola, *Carta a los Padres y Hermanos de Gandía*, del 29 de julio de 1547).

Pero el documento más importante y tradicional, considerado como la expresión clásica y completa del pensamiento ignaciano sobre la obediencia es, sin duda, la carta dirigida por San Ignacio a los Padres y Hermanos de Portugal (del 1 febrero 1553). En esta famosa instrucción comienza el Santo por declarar su deseo de que la obediencia sea la virtud característica de la Compañía, por los bienes que trae esta virtud, y por ser como una cifra y compendio de las demás virtudes.

"En otras religiones (congregaciones religiosas) podemos sufrir que nos hagan ventaja en ayunos, y vigiliias, y otras asperezas que según su Instituto, cada una santamente observa; pero en la puridad y perfección de la obediencia, con la resignación verdadera de nuestras voluntades y abnegación de nuestros juicios, mucho deseo, hermanos carísimos, que se señalen los que en esta Compañía sirven a Dios nuestro Señor, y que en esto se conozcan los hijos verdaderos de ella; nunca mirando a la persona que se obedece, sino en ella a Cristo nuestro Señor, por quien se obedece".

Después establece el principio fundamental de la obediencia: ver a Cristo en el Superior, sin fijarse ni en lo bueno ni en lo malo de la persona humana.

"Pues ni porque el Superior sea muy prudente, ni porque sea muy bueno, ni porque sea muy calificado en cualesquiera otros dones de Dios nuestro Señor, sino porque tiene sus veces y autoridad y debe ser obedecido, diciendo la eterna verdad: El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia; ni, al contrario, por ser la persona menos prudente se le ha de dejar de obedecer en lo que es Superior, pues representa la persona del que es infalible sapiencia, que suplirá lo que falta a su ministro; ni por ser falto de bondad y otras buenas cualidades; pues expresamente Cristo nuestro Señor, habiendo dicho: En la cátedra de Moisés se sentaron y leyeron los escribas y fariseos, añade: Guardad pues y haced las cosas todas que os dijeren, pero no hagáis conforme a sus obras.

Así que todos querría os ejercitádes en reconocer en cualquiera Superior a Cristo nuestro Señor, y reverenciar y obedecer a su divina majestad en él con toda devoción; lo cual os perecerá menos nuevo, si miráis que San Pablo, aún a los Superiores temporales y étnicos, manda obedezcan como a Cristo, de quien toda ordenada potestad desciende, como escribe a los Efesios: Los que sois siervos, obedeced a vuestros amos y señores temporales con temor y temblor, y con sencillo corazón como a Cristo; no sirviéndolos tan solamente en su presencia, como quien quiere complacer a los hombres, sino como siervos de Cristo, que

hacen en esto la voluntad de Dios con gana y voluntad buena, como quien sirve al Señor y no a solos hombres.

De aquí podéis inferir, cuando un religioso toma a uno, no solamente por Superior, más expresamente en lugar de Cristo nuestro Señor, para que le enderece y gobierne en su divino servicio, en qué grado le deba tener en su alma y si debe mirarle como a hombre o no, sino como a vicario de Cristo nuestro Señor".

Continúa explanando los tres grados de la obediencia: de ejecución, de voluntad y de entendimiento. Solamente esta tercera clase es para él perfecta obediencia, pues el hombre inmola lo que tiene de más excelente, "no reteniendo nada de sí mismo".

Nuestra obediencia, según San Ignacio, debe reunir tres cualidades: ser pronta, universal y ciega.

- ❖ **Pronta:** Se pueden distinguir tres grados:
 - El primero: es cuando está uno dispuesto a cumplir las órdenes que den los superiores legítimos, "en virtud de santa obediencia" o de otra fórmula que revista alguna solemnidad.
 - El segundo: cuando los superiores mandan de manera ordinaria, sin dicha solemnidad.
 - El tercero: cuando uno está dispuesto a cumplir la voluntad del Superior, aun cuando este no mande formalmente, sino tan solo deje adivinar su voluntad. Este tercer grado es el más perfecto, como se comprende fácilmente.
- ❖ **Universal:** es decir, en todo, excepto en caso de que lo mandado fuese manifiestamente pecaminoso.
- ❖ **Ciega:** ciega sobre las cualidades personales del Superior, no mirando si es docto, prudente, virtuoso o si es o parece lo contrario.
Ciega sobre las propiedades, circunstancias o razones de la cosa impuesta.

Veamos hasta qué punto San Ignacio "hilaba fino" en materia de obediencia. En los archivos de Roma se hallaron los siguientes cánones, atribuidos al Santo:

- 1° - El que busca razón porque el Superior le haya mandado la cosa, inobediente.
- 2° - El que le pasa por el pensamiento si manda bien o no el Superior, inobediente.
- 3° - El que pide razón por qué manda esto así el Superior, inobediente.
- 4° - El que solamente por razón obedece, inobediente...
- 7° - El que al mismo Dios no considera en el Superior, inobediente.
- 8° - El que obedece más a un superior, aunque sea el supremo, que a otro, aunque sea el ínfimo, inobediente.
- 9° - El que obedece más al Superior, porque sea bueno o docto o cosa semejante, inobediente.

10° - El que es curioso en inquirir si el Superior es bueno o docto o cosa semejante, inobediente.

11° - El que desea que condesciendan con él, o que le den gusto, o procura atraer a los superiores a su voluntad, inobediente...

13° - El que no es ciego a todas las imperfecciones del Superior, inobediente...

15° - El que dice estar obligado a las Constituciones y no a más, inobediente, porque a todo lo que no es pecado es obligado”.

En San Ignacio el sujeto de la obediencia es triple: Dios, en primer lugar, la Iglesia y los Superiores religiosos, como representantes de Dios: “no hay autoridad que no provenga de Dios” (Rm 13, 1).

a) De la obediencia a Dios hablan los Ejercicios en las "tres maneras de humildad" (EE, 165) que muy bien podrían denominarse "maneras de obediencia". Notemos las palabras del Santo: "La primera humildad en necesaria para la salud eterna, es a saber, que así me baje y así me humille cuanto en mí sea posible, para que en todo obedezca a la Ley de Dios nuestro Señor.

b) Obediencia a la Iglesia: San Ignacio fue, sobre todo, un “hombre de Iglesia”. Aparece en el mundo cuando la herejía protestante levanta bandera de rebelión contra el Romano Pontífice... Contra esa explosión de rebeldía en aquellos momentos de indecisión y de peligro, surge el campeón de la contrarreforma, que, levantando bandera de sumisión al Papa, congrega a las naciones en torno de la Iglesia y del Vicario de Cristo.

Y más. San Ignacio introduce en la Compañía un cuarto voto hasta entonces desconocido en las Órdenes Religiosas: el voto de obediencia al Papa.

Las “Reglas para sentir con la Iglesia” son el broche de oro que cierra las páginas inmortales de los Ejercicios. Son como la “piedra de toque” para saber si un alma tiene o no en toda la integridad el espíritu de Cristo.

Reglas que mantienen, hoy como ayer, todo su vigor y toda su actualidad. Hay virus de protestantismo y de modernismo que circulan por la sangre de quienes se dicen católicos.

Sentir con la Iglesia quiere decir amarla apasionadamente, sobrenaturalmente, ciegamente, por ser la Esposa mística de Cristo, y por ser Madre nuestra.

Este amor, cuando es muy vehemente, llega a redundar en la parte afectiva y sensible, haciendo vibrar toda la persona. Pero este amor hay que demostrarlo con las obras, es decir, con el servicio y la obediencia. “El que a vosotros oye, a mí me oye, el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia” (Lc 10, 16).

"Depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer a la vera esposa de Cristo nuestro Señor, que es la nuestra santa madre Iglesia jerárquica”.

Subrayamos de intento la última palabra: jerárquica. La Iglesia no es solamente el Papa, sino también los Obispos en comunión con él.

Es, pues, diametralmente opuesto al espíritu de San Ignacio todo espíritu de independencia y de crítica respecto de la sagrada jerarquía de la Iglesia.

Por el contrario, quería el Santo que sus hijos se distinguiesen por su amor, respeto y obediencia para con los supremos pastores de la Iglesia.

Sirve como modelo una carta dirigida al arzobispo de Lisboa, Monseñor Fernando Vasconcellos (26 de Julio 1554):

"Mi señor en el Señor nuestro.

La suma gracia, etc.

Siendo, no solamente conforme a nuestro Instituto, pero muy especialmente encomendado en nuestras Constituciones. que, dondequiera que los de nuestra Compañía mínima residan, hagan recurso al prelado y le reconozcan por padre y señor y se ofrezcan a servirle, según nuestras flacas fuerzas y profesión, en el negocio de las ánimas que están a su cargo, hame parecido conveniente, no solamente encomendar a los nuestros, que tienen casa y colegio en esa ciudad, hagan su deber en esta parte, pero aun hacerlo yo desde acá en nombre de toda nuestra Compañía. Y así, suplico a V. Sría. Rma. a todos acá y allá nos acepte y tenga por hijos y siervos suyos en el Señor Nuestro, y haga cuenta de tener siempre, en todos los que en su arzobispado se hallaren de nuestra Compañía, otros tantos ministros fieles y obedientes, para llevar, conforme a su profesión, la partecilla que pudieran del peso que puso Dios nuestro Señor sobre los hombros de V. Sría. Rma., y es necesario se reparta con otros para poderse llevar. Y será para mi muy gran consolación, así por la cualidad del cargo, como por mucho valor de la persona de V. Sría. Rma., que a todos nos tenga por cosa suya y de los de Lisboa tome especial protección y les comunique las gracias que a V. Sría. pareciere ellos deban usar para llevar ayuda a las ánimas a su cargo.

Y con esto no otro, sino humildemente pedir la bendición y oraciones de V. Sría Rma. y rogar a Dios nuestro Señor a todos quiera dar su gracia cumplida para que su santísima voluntad siempre sintamos y aquella cumplamos."

San Ignacio es exigente. Consecuente con su ideal de buscar en todo "lo que más", llega a decir: "Debemos siempre tener para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia jerárquica así lo determina, creyendo que entre Cristo nuestro Señor, esposo y la Iglesia su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas, porque por el mismo espíritu y Señor nuestro, que dio los diez mandamientos, es regida y gobernada nuestra santa madre Iglesia" (regla 13).

c) Obediencia, en tercer lugar, a los superiores: "Si bien tenéis nombre de religioso, faltándoos la obediencia no sois religioso" - escribía San Ignacio a un hermano coadjutor. La carta sobre la obediencia es sobradamente elocuente. Es para meditar.

Su Santidad Pio XII, en un discurso a la Congregación General de la Compañía de Jesús (del 15 septiembre 1957) salía en defensa de esta doctrina: "Ciertamente se equivoca quien sostiene que la doctrina de aquella carta sea cosa de abandonarla hoy y que a la obediencia jerárquica y religiosa haya de sustituir una cierta igualdad "democrática", por la que el súbdito discuta con el Superior sobre lo que ha de hacerse, hasta que se encuentran de acuerdo sobre el caso".

Y añade: "Un grave deber a este respecto incumbe a todos los superiores de vuestra Orden, tratase del General, del provincial o bien del superior local, sepan estos "mandar con modestia y prudencia"; con prudencia y con modestia, como conviene a los pastores de las almas que se han revestido de la benignidad, de la mansedumbre y de la caridad de Cristo nuestro Señor; sepan, sin embargo, "mandar" y, si es preciso, con firmeza, (conjugando a su tiempo y lugar la severidad con la benignidad), puesto que han de rendir cuenta a Dios de las almas de los súbditos y de su provecho en la adquisición de la perfección".

"Pues si bien vuestras reglas, por una sabia prescripción del fundador no obliguen bajo pena de pecado (cfr. San Ignacio de Loyola, *Constituciones de la Compañía de Jesús*, p. VI, c. 5), sin embargo, los superiores están obligados a promover su observancia y no están exentos de culpa si toleran que la disciplina regular sea aquí o allá descuidada. Muestren, como buen padre, a los súbditos aquella confianza que se suele tener y es conveniente para los hijos; pero a la vez, como es deber de un buen padre, ejerciten una asidua Vigilancia sobre los hijos y no dejen que estos se alejen poco a poco del recto sendero de la fidelidad".

En un ejército, como el de la Compañía de Jesús, la obediencia lo es todo. La menor relajación en esta virtud, desconcertaría todo el cuerpo de la Compañía, con la consiguiente pérdida del fruto en las almas.

Se comprende fácilmente que San Ignacio fuera tan terrible en castigar las faltas de obediencia. Era algo que no podía soportar. Era la "piedra de toque" para juzgar de la santidad de una persona y argumento decisivo para la expulsión de la Congregación.

Las anécdotas abundan en su biografía. He aquí una muestra: en carta al P. Mirón (del 17 diciembre 1552) San Ignacio enterado de ciertos abusos introducidos en la práctica de la obediencia, manda que se despida de la Compañía a los desobedientes, o mandarle a Roma si hubiese alguna esperanza de enmienda.

"... Y podéis pensar, de lo que tenéis entendido que yo debo y suelo desear esta virtud en mis hermanos cuanto contentamiento habré habido de entender, hay entre ellos quien sin acatamiento dice a su superior: No me debíades mandar esto, o no es bien que yo haga estotro; y quien no quiere hacer lo que le es mandado; y quien en señales y obra muestra tan poca reverencia y sumisión interior, como me avisan, a quien debe reverenciar como a lugarteniente de Cristo nuestro Señor y como a tal en todo humillarse ante su divina majestad. Esta cosa me parece habrá ido tan adelante por culpa de alguno, a quien tocaba remediar y no lo ha hecho. Dios nuestro Señor le perdone ¡Cuanto fuera mejor apartar del cuerpo de la Compañía algún miembro estragado y asegurar así los sanos, que dejar inficionar de tan grande mal otros muchos con el ejemplo y conversación de ellos! Otra vez he hecho escribir como Mtro. Leonardo en Colonia había despedido nueve o diez, que andaban mal, de una vez. Después él mismo ha hecho otro tanto y, me ha parecido bien así mismo; aunque, si ocurriera al principio del mal, bastara por ventura despedir uno o dos. Ahora, aunque tarde, se pone el remedio para allá. Siempre es mejor que nunca.

Yo os mando a vos en virtud de santa obediencia que me hagáis observar esto acerca de ella: que, si alguno hubiere que no quiera obedeceros, no digo a vos solamente, sino a cualquiera de los prepositos o rectores locales que allá haya, que hagáis de dos cosas una: o que le despidáis de la Compañía, o me le enviéis acá a Roma, si os pareciere tal sujeto, que con tal mutación se haya de ayudar para ser verdadero siervo

de Cristo nuestro Señor. Y de esto dad parte, si es menester a SS. AA., que no dudo sino que serán contentos, según el espíritu y santa voluntad de que les ha dotado Dios nuestro Señor; porque tener allá quien no sea verdadero hijo de obediencia, no conviene para el bien de ese reino. Ni de tal es de creer que se podrán ayudar otras ánimas (estando tan desayudada la suya), ni que Dios nuestro Señor lo quiera aceptar por instrumento de su servicio y gloria.

Porque, como vemos por experiencia que medianos talentos del medio abajo, son instrumentos muchas veces de muy notable fruto y muy de sobrenatural, por ser enteramente obedientes y dejarse mover y poseer, mediante esta virtud, de la potente mano del autor de todo bien; así al contrario se ve en talentos grandes trabajar más sin mediano fruto: porque moviéndose de sí mismos, es decir, de su amor propio, o no se dejando, a lo menos bien mover de Dios nuestro Señor por medio de la obediencia de sus mayores, no hacen efectos proporcionados a la omnipotente mano de Dios nuestro Señor, que no los acepta por instrumentos, sino a la suya muy débil y flaca".

Con razón es invocado San Ignacio como "abanderado de la obediencia".

* * *

La obediencia debe ser también la virtud característica del espíritu de nuestro Instituto.

Una forma inequívoca y concreta de practicar esta virtud es referirse siempre al superior (supuesta, naturalmente, la recta aplicación del "tanto cuanto"), demostrando de esta manera nuestra completa y constante sumisión a Dios en la persona de su representante.

Fácilmente puede uno casi inconscientemente, en el transcurso del tiempo, permitirse poco a poco, ciertas pequeñas libertades, obrar con independencia, presuponer con demasiada facilidad permisos que el mismo superior no presupone, retirando cobardemente la ofrenda que un día con generosidad hiciera a los pies de la Cruz.

¡Cuántos religiosos que, habiendo tenido arrestos para desprenderse de todo apego a las criaturas materiales, no han sabido sacrificar la parte más noble de su ser! Estos tales han caído del ideal de santidad que se habían propuesto. "Comenzó a edificar y no pudo terminar" (Lc 14, 30). Son unos fracasados.

Fracasados y ridículamente fracasados. Hombres que han sido valientes para dejar familia, mundo e ilusiones del siglo, y que después en la vida religiosa se apegan neciamente a sus juicios propios y a sus deseos personales. Estúpida idolatría. Rinden a su inteligencia y a su voluntad un culto, una reverencia, una esclavitud que prometieron a sólo Dios.

Estos tales llegan incluso a burlarse de los más observantes, "escrupulosos", según ellos, tachándoles de tímidos y exagerados.

¡Quiera Dios que abunden los "escrupulosos"; los "tímidos" y los "exagerados" en nuestras casas y noviciados!

A esos "espíritus fuertes" que se burlan de nuestra obediencia "escrupulosa", "tímida" y "exagerada", respondámosles con aquellas palabras de San Pablo: "Nosotros somos necios a causa de Cristo; vosotros, en cambio, sois sensatos en Cristo" (1 Co 4, 10).

Sigamos los ejemplos de los Santos. Gracias a su "escrupulosidad", a su "timidez" y a su "exageración" conquistaron la alta santidad.

No nos dejemos engañar, "aclimatar", "cloroformizar" por el ambiente de falsa democracia e independencia que se respira... ¡Agere contra!, la mirada fija en Jesús "hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz" (Flp 2, 8).

Dejemos decir a los "sabios de este mundo". Nosotros, Padres y Hermanos, Legionarios, Legionarias, hagámonos como niños (Mt 18, 3) y alcanzaremos la santidad y entraremos en el Reino de los cielos.

* * *

Hemos visto hasta aquí el modo característico de combatir los enemigos internos: la mortificación, pobreza y humillaciones; la disciplina, la modestia y, sobre todo, la obediencia. Virtudes que resaltan en la espiritualidad ignaciana.

Enemigos externos:

El espíritu de lucha ignaciano va dirigido también contra los enemigos de fuera. Es éste un aspecto característico del apostolado. No basta vencerse a sí mismo. Hay que vencer también a los enemigos de Cristo: infieles y herejes.

"Mi voluntad - dice Jesús - es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiera venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, también me seguirá en la gloria" (Meditación del Reino).

San Ignacio fue suscitado por Dios para "fortalecer a la Iglesia militante con un nuevo refuerzo" (Oración de su Misa).

La Compañía plantó cara al protestantismo y a la herejía.

"Las Religiones de caballería y militares envió Dios nuestro Señor a su Iglesia al tiempo que, por estar ella oprimida de sus enemigos, era menester defenderla con las armas en las manos. Y lo mismo habemos de entender de las demás Religiones, y particularmente de la Compañía de que ahora vamos tratando; porque en el mismo tiempo que comenzó la herejía de Lutero, que quitaba la obediencia al Papa y negaba la verdad del Santísimo Sacramento del Altar, y quitaba la confesión sacramental, en ese mismo momento levantó Dios la Compañía, que particularmente profesa obedecer al Papa, y hacen los profesos particular voto de eso, y que tiene también especial cuidado de predicar estos santos sacramentos de Confesión y Comunión, y de exhortar al pueblo a la frecuencia de ellos y a la reformation de sus costumbres. Así como el capitán general de un ejército, trabada ya la batalla con el enemigo, de algún alto y eminente lugar mira con atención el peso de la batalla, y adonde, y cuando ve el peligro, allí provee entre ahora por el costado derecho una banda de caballos ligeros; entre ahora por el costado izquierdo una manga de arcabucería; así Cristo nuestro Señor, capitán general de esta milicia cristiana, por todos los tiempos ha ido mirando de lo alto del Cielo las necesidades de su Iglesia y conforme a ellas ha ido enviando refresco de doctores y capitanías de Religiones para reforzar su ejército" (P. Alonso Rodríguez, *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, parte 3, tratado 1, c. 1).

He aquí unas elocuentes palabras del célebre Padre Ribadeneira, hijo predilecto de San Ignacio:

“La bula apostólica de la confirmación de la Compañía dice que es instituida principalmente para defensa y dilatación de nuestra santa fe católica: La fe se defiende entre los herejes; y se dilata y extiende entre los gentiles. Pues veamos ahora que necesidad había de que fuese defendida la fe y amparada de los herejes de este tiempo y que aparejo y disposición tenían los gentiles para recibirla de manera que en sus reinos se propagase y acrecentase, que de estas dos cabezas y consideraciones sacaremos algo del consejo del Señor. Hallaremos, pues, que es este tiempo la santa Iglesia padecía gravísimas o irreparables calamidades, y que por una parte se iba menoscabando con las crueles y continuas persecuciones de infieles y herejes; y por otra, que le descubría el Señor del cielo y de la tierra otro nuevo mundo en que se extendiese y dilatase su fe y reparasen con aventajadas ganancias las pérdidas y quiebras que en este otro antiguo mundo padecía”.

“Volviendo, pues, a nuestro propósito y declarando el intento que Dios nuestro Señor tuvo en fundar la Compañía, y la necesidad que había de quien resistiese a los herejes (que para que esto se entendiese mejor, se ha hecho este, si se mira a lo que es, largo, y si a lo que se puede decir breve y compendioso discurso), cuando salió del abismo Martín Lutero, como monstruo infernal, acompañado de un escuadrón de abominables y diabólicos ministros, para hacer los efectos que hemos visto y otros semejantes que por ser innumerables se dejan de contar; y para llevar tras de sí, a guisa de otro dragón que cae del cielo, la tercera parte de las estrellas; al mismo tiempo envió Dios nuestro Señor de socorro, otro varón y capitán a su Iglesia en todo y por todo lo contrario a Lutero para que con su espíritu invencible y armas poderosas y divinas, valerosamente le resistiese y pelease las batallas del Señor. Y porque unas de las cosas que más se había de perseguir este dragón y en que más se había de encarnizar y descubrir la ponzoña de su pestífera doctrina, son las sagradas Religiones y en derribar y extinguir los varones apostólicos que en ellas viven para que, faltando ellos como pastores y perros veladores, él, como lobo matador y carnicero hiciese estrago en el rebaño de la Santa Iglesia católica, con grandísima sabiduría ordenó la Divina Providencia que se instituyese una nueva Orden, para defender principalmente nuestra santísima fe. Cuyo instinto es socorrer y ayudar a los soldados valerosos de las otras santas Religiones, que de día y de noche con tanto esfuerzo y fruto pelean donde les hay, y donde no, salir ella con las armas en la mano al encuentro del común enemigo”.

La Compañía de Jesús ha peleado años y años en los campos de batalla, empapándolos de su sangre. Siempre en vanguardia para desenmascarar el error y plantar la bandera de la verdad.

No en vano San Ignacio, en las letanías que llevan su nombre, es invocado como "destructor de las herejías", "socorro de la Iglesia militante", "fuerza de los que combaten por la fe", "defensor de la religión católica". Este celo de la verdad y de las almas lo imprimió fuertemente en sus hijos.

No resistimos a la tentación de transcribir aquí, aún a trueque de alargarnos, una carta de San Ignacio dirigida a San Pedro Canisio (del 13 de agosto 1554), entonces en Alemania,

dándole instrucciones para la regeneración espiritual de dicho país. En ella palpita el corazón de Ignacio, oprimido a la vista de la herejía y de las malas doctrinas.

"Así, pues, a la manera que en los males del cuerpo primeramente hay que apartar las causas que engendran la enfermedad, y enseguida aplicar los remedios que ayudan para recobrar las fuerzas y buena disposición de antes: así en esta pestilencia de las almas que por las varias herejías estraga las provincias del Rey, primero se ha de ver, cómo se arrancan las causas de ella, y después, cómo se podrá restablecer y robustecer en aquella el vigor de la doctrina sana y católica. Y por amor a la brevedad, pondré con las menos palabras posibles las conclusiones desnudas, porque las razones que en cada una nos convencen, quienquiera que tenga los ojos sanos, las verá fácilmente.

Y lo primero de todo, si la Majestad del Rey se profesase no solamente católico, como siempre lo he hecho, sino contrario abiertamente y enemigo de las herejías y declarase a todos los errores heréticos, guerra manifiesta y no encubierta, este parece que sería, entre los remedios humanos, el mayor y más eficaz.

De éste seguiríase el segundo de grandísima importancia: de no sufrir en su Real Consejo ningún hereje, lejos de parecer que tienen en gran estima a este linaje de hombres, cuyos consejos, o descubiertos o disimulados, es fuerza creer que tiendan a fomentar y alimentar la herética perversidad (perversidad), de la que están imbuidos.

Aprovecharía también en gran manera no permitir que siga el gobierno, sobre todo en el supremo, de alguna provincia o lugar, ni en cargos de justicia ni en dignidades, ninguno inficionado de herejía.

Finalmente, ¡ojalá quedase asentado y fuese a todos manifiesto, que en siendo uno convencido, o cayendo en grave sospecha de herejía, no ha de estar agraciado con honores o riquezas, sino antes derrocado de estos bienes! Y si se hiciesen algunos escarmientos, castigando a algunos con pena de la vida, o con pérdida de bienes y destierro, de modo que se viese que el negocio de la religión se tomaba de veras, sería tanto más eficaz este remedio.

Todos los profesores públicos de la Universidad de Viena y de las otras, o que en ellas tienen cargo de gobierno, si en las cosas tocantes a la religión católica tienen mala fama, deben, a nuestro entender ser desposeídos de su cargo. Lo mismo sentimos de los rectores, directores y lectores de los colegios privados, para evitar que inficionen a los jóvenes, aquellos precisamente que debieran imbuirlos en la piedad; por tanto, de ninguna manera parece que deban sufrirse allí aquellos de quienes hay sospecha de que pervierten la juventud: mucho menos los que abiertamente son herejes; y hasta los escolares en quienes se vea que no podrá fácilmente haber enmienda, parece que, siendo tales, deberían absolutamente ser despedidos. Todos los maestros de escuela y ayos deberían tener entendido y probar de hecho con la experiencia, que no habrá para ellos cabida en los dominios del Rey, si no fueren católicos y dieran públicamente pruebas de ello.

Convendría que todos cuantos libros heréticos se hallasen, hecha diligente pesquisa, en poder de librerías y particulares, fuesen quemados o llevados fuera de todas las provincias del reino. Otro tanto se diga de los libros de los herejes, aún cuando no sean heréticos, como los que tratan de gramática o retórica o de dialéctica, de Melancton, etc., que parece deberían ser de todo punto desechados en odio a la

herejía de sus autores; porque ni nombrarlos conviene, y menos que se aficionen a ellos los jóvenes, en los cuales se insinúan los herejes por medio de tales obrillas; y bien pueden hallarse otras más eruditas, y exentas de este grave riesgo. Sería asimismo de gran provecho prohibir bajo graves penas, que ningún librero imprimiese alguno de los libros dichos, ni se le pusiese escollos de algún hereje, que contenga algún ejemplo o dicho con sabor de doctrina impía, o nombre de autor hereje. ¡Ojalá tampoco se consintiese a mercador alguno, ni a otros, bajo las mismas penas, introducir en los dominios del Rey tales libros impresos en otras partes!

No deberían tolerarse curas o confesores, que estén tildados de herejía; ya los convencidos de ella habríase de despojar enseguida de todas las rentas eclesiásticas; que más vale estar la grey sin pastor, que tener por pastor un lobo. Los pastores, católicos ciertamente en la fe, pero que con su mucha ignorancia y mal ejemplo de públicos pecados pervierten al pueblo, parece deberían ser muy rigurosamente castigados, y privados de las rentas por sus obispos o a lo menos separados de la cura de las almas; porque la mala vida e ignorancia de éstos metió en Alemania la peste de las herejías.

Los predicadores de herejías, los heresiarcas, y, en suma, cuantos se hallaren que contagian a otros con esta pestilencia, parece deben ser castigados con graves penas. Sería bien se publicase en todas partes, que los que dentro de un mes desde el día de la publicación se arrepintiesen, alcanzarían benigno perdón en ambos foros; y que, pasado este tiempo, los que fuesen convencidos de herejía, serían infames e inhábiles para todos los honores; y aún, pareciendo ser posible, tal vez fuese prudente penarlos con destierro o cárcel, y hasta alguna vez con la muerte; pero del último suplicio y del establecimiento de la inquisición no hablo, porque parece ser más de lo que puede sufrir el estado presente de Alemania.

Quien no se guardase de llamar a los herejes, evangélicos, convendría pagase alguna multa, porque no se goce el demonio de que los enemigos del Evangelio y Cruz de Cristo tomen un nombre contrario a sus obras; y a los herejes se los ha de llamar por su nombre, para que dé horror hasta nombrar a los que son tales, y cubren el veneno mortal con el velo de un nombre de salud.

Los sínodos de los obispos, y la declaración de los dogmas, y señaladamente de los definidos en los concilios, serán tal vez parte para que vuelvan en sí, informados de la verdad, los clérigos más sencillos y engañados por otros. Aprovechará asimismo al pueblo la energía y entereza de los buenos predicadores y curas y confesores en detestar abiertamente y sacar a luz los errores de los herejes, con tal que los pueblos crean las cosas necesarias para salvarse, y profesen la fe católica. En otras cosas que pueden tolerarse, acaso convendría cerrar los ojos".

Pero San Ignacio va todavía más lejos. No solamente hay que hacer fuerza a la herejía abierta y manifiesta, sino también al error sutil y solapado, y a sus autores.

Así, refiriéndose a la lectura de libros, dice San Ignacio en la cuarta parte de las Constituciones:

"Aunque el libro sea sin sospecha de mala doctrina, cuando el autor es sospechoso no conviene que se lea, porque no tome afición por la obra del autor; y del crédito que

se le da en lo que dice bien, se le podría dar algo después en lo que dice mal. Es también cosa rara que algún veneno no se mezcle en lo que sale del pecho lleno del".

Sabemos, por ejemplo, cómo San Ignacio sentía cierto extraño malestar leyendo a Erasmo, y mandó inmediatamente retirar sus libros de la biblioteca.

San Ignacio fue un luchador infatigable. Su principal arma fue el libro de los Ejercicios. Arma extraordinaria que reúne tres cualidades que la hacen preferible a toda otra: es de poco coste, de fácil manejo y muy potente.

¡Qué estragos ha causado en el campo enemigo!

Este espíritu de lucha habría de atraer naturalmente sobre los hijos de San Ignacio una lluvia de ataques, contradicciones y persecuciones, verdadero y envidiable timbre de gloria para la Compañía.

Así se expresó Pio XII en carta al M. R. P. Ledochowski, prepósito general:

"Estos (los ataques) son para vosotros no un deshonor sino uno de vuestros más bellos títulos de gloria. En efecto, quien quiera que siga a Cristo nuestro Señor con una entera fidelidad y un amor efectivo, no puede escapar ni a los resentimientos ni a las maldiciones de los malos. Nuestro Señor mismo lo ha predicho a sus apóstoles: "seréis objeto de odio en todas las naciones a causa de mi nombre" (Mt 24, 9). "Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo que es suyo; pero porque no sois del mundo, por eso el mundo os odia" (Jn 15, 19).

Envueltos en persecuciones, acusaciones y calumnias de todas clases, no os desaniméis.

Acordaos más bien de esta palabra: "Bienaventurados los que padecen persecución por la Justicia porque de ellos es el reino de los cielos", y proseguid vuestras santas empresas con empuje, gozándoos de haber sido juzgados dignos de sufrir por el nombre de Jesús" (Hch 5, 41)".

* * *

Hemos tocado un punto que bien podríamos llamar "muy nuestro": el espíritu de lucha. Es algo esencial a nuestro espíritu. Una de nuestras clásicas divisas lo resume perfectamente:

Quien ama detesta.

Quien detesta lucha.

Luchamos porque detestamos.

Detestamos porque amamos.

Luchamos contra el error porque detestamos el error. Y detestamos el error porque amamos la Verdad.

Esta es nuestra "aspiración profunda": la pasión de la Verdad, de toda la Verdad, que se traducirá por el "agere contra", individual y colectivamente, frente a los ataques de la impiedad moderna. Hemos de odiar al mundo y estar al día en este odio. En otras palabras:

nuestra lucha ha de ser de actualidad. En definitiva, nuestro ideal podría expresarse de la siguiente manera: Comprender y vivir las preocupaciones y las luchas actuales de la Iglesia. Tomar parte en ellas mediante la ascética ignaciana, como instrumento principal, y haciendo de esta ascética el alma de nuestras especializaciones particulares.

Podríamos decir que, así como la Compañía de Jesús se distinguió por su lucha contra el protestantismo, así los Padres y Hermanos, y todos los Legionarios, con la gracia de Dios, deberían señalarse por su continua guerra contra el modernismo actual, ese dragón de siete cabezas anatematizado ya por el gran pontífice San Pio X.

Prolongando el sentido de nuestra divisa, diremos que el que no lucha, señal es de que no detesta, señal de que no ama.

De donde resulta evidentemente que en nuestras casas se ha de reprobear la actitud de esas personas buenas, y hasta fervorosas si se quiere, pero que se quedan inalterables y mudas ante el error o la mala doctrina, "perros mudos que no saben ladrar" (Is 61, 10).

¡La "cómoda" costumbre de poner siempre la misma cara!

Son los "sensatos en Cristo" de que hablaba San Pablo.

Son los que nunca tienen dificultades con nadie; "simpáticos" para todos, buenos y malos...

Pero la frase: "no han tenido dificultad con nadie", dicha de una Comunidad colocada en la brecha, sería el mayor vituperio, pues indicaría que nuestra situación, no encerraría ninguna fuerza apostólica.

Un varón apostólico que "no tiene dificultades con nadie" es de una "prudentísima" inutilidad. "No tiene dificultades con nadie" porque no lucha contra nada ni contra nadie.

"Ningún cristiano - decía Pio XII - tiene derecho a dar señales de estar cansado de la lucha contra la oleada antirreligiosa de la hora presente... A nadie se le podrá perdonar que se quedase con los brazos cruzados, la cabeza baja y las piernas temblando".

Tampoco nos vayamos al otro extremo... No andemos por el mundo como Don Quijote, lanza en ristre, azotando al aire... "como golpeando los aires" (1 Co 9, 26), viendo enemigos donde no los hay. Siempre en todo, equilibrio y sensatez.

El espíritu de lucha es un medio, no un fin en sí mismo. Por consiguiente, hemos de aplicar aquí el principio de Ética: "es lícito repeler la fuerza con la fuerza moderando la defensa según las necesidades de la seguridad amenazadas" (S. Th., II-II, q. 64, a. 7), aplicación, a su vez, del "tanto cuanto", de San Ignacio.

El hombre ha sido creado para amar a Dios, no para luchar. En el cielo, consumación y expansión del amor, no habrá ninguna lucha, sino un reposo y una paz inalterable.

En esta vida sí hay que luchar, porque el mal existe desgraciadamente. Pero nuestro espíritu de lucha debe ser, ordenado y muy sobrenatural.

"Con las manos luchando, pero con los corazones orando al Señor" (2 Mac 15, 27).

Hemos de precavernos de dos desviaciones posibles: Una proveniente de nuestro temperamento. En el huerto de los Olivos, Pedro, dejándose llevar un poco de su natural enérgico y combativo, saca ufano la espada para defender a Cristo, arremete contra un criado del pontífice y le corta la oreja.

Reacción inmediata de Jesús: "Vuelve tu espada a la vaina porque todos los que se sirvieren de la espada, a espada morirán" (Mt 26, 51).

La otra desviación puede provenir de un espíritu nacionalista, más o menos consciente, más o menos acusado. Aquí también el Santo Evangelio nos brinda un ejemplo elocuente:

En cierta ocasión, Jesús, caminando hacia Jerusalén, envió a varios de sus discípulos a Samaría para que le preparasen hospedaje: pero los samaritanos, enemigos acérrimos de los judíos, no quisieron recibirle. Indignados Santiago y San Juan, "hijos del trueno", exclaman "Señor, ¿quieres que mandemos que llueva fuego del cielo y les devore?" ... Pero Jesús, vuelto a ellos les reprendió, diciendo: "no sabéis a que espíritu pertenecéis".

Supuesto lo que acabamos de decir, lancémonos a la lucha con confianza y valentía para pelear las batallas del "Señor de los ejércitos" (1 Re 15, 2).

Tendremos contradicciones, humillaciones, incomprensiones; seremos tenidos por exaltados, imprudentes y locos... hasta llegar, quizás, a exclamar como San Pablo: "Hasta la hora presente andamos sufriendo el hambre, la sed, la desnudez, los malos tratamientos y no tenemos dónde fijar nuestro domicilio. Y nos afanamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen y bendecimos; padecemos persecución y la sufrimos con paciencia; nos ultrajan y retornamos súplicas; somos, en fin, tratados hasta el presente como la basura del mundo, como la escoria de todos" (1 Co 4, 11ss.).

Mas no olvidemos que Jesús, antes que nosotros, fue tenido por exaltado y loco (cfr. Jn 10, 20). No olvidemos su celo para expulsar a los vendedores del templo (Mt 21, 12).

¿Y qué decir de San Pablo? "Porque, en fin, ¿busco yo ahora la aprobación de los hombres o de Dios? ¿Por ventura pretendo agradar a los hombres? Si todavía prosiguiese complaciendo a los hombres, no sería siervo de Cristo (Gal 1, 10).

¡Cara les costó a Cristo y al Apóstol, su lucha por el Evangelio!

Jesús terminó colgado de una cruz. Y Pablo entregó su cabeza a la espada.

¡Nuestra pequeña "Legión de la muerte" sabe también de cruces y de martirios! ¡No en vano nació bajo el amparo y el signo de la cruz redentora! Una tal coincidencia habría de ser, en el plan divino, presagio de penas y garantía de victorias.

Repasemos en nuestro corazón la historia de estos años... de cruz. Desde el primer instante de su existencia ¿qué encontramos? Los hechos hablan con sobrada elocuencia: humillaciones, incomprensiones, críticas, calumnias, persecuciones, ... unas abiertas, otras solapadas, de los malos y de los buenos... las imaginables y las inimaginables... todo el infierno parece, a veces, conjurarse enloquecido para dividir, para debilitar, para aniquilar, si pudiese, a esta pequeña, pero para nosotros grande, "Legión de la muerte"... ¡pobrecita! ¡cuanto tendrá que sufrir!...

“Yo la mostraré cuanto conviene que sufra por mi nombre” (Hch 9, 16).

Sangre, heridas, golpes y cicatrices son los “atavíos” que engalanan y adornan su frente ¡son su corona!: “pusiste en su cabeza, Señor, una corona de piedras preciosas” (Sal 20, 4).

Mas, al mismo tiempo que un presagio de las penas venideras, la Cruz de Cristo habrá de ser también para nuestro Instituto, tanto en el día como en el aniversario de su nacimiento, prendas y arras de la protección divina, garantía y seguro de la victoria.

Escucha, ¡Oh “Legión de la muerte”, a tu Rey Jesús, que te dice, como en otro tiempo al emperador Constantino en vísperas de la batalla del puente Milvio: “¡Con esta señal, con esta bandera de la Cruz, vencerás!”.

Recordemos de nuevo la historia de estos años... ¡cuántas victorias!

Si es verdad que “todos los que quieren vivir según el espíritu de Cristo, padecerán persecución” (2 Tim 3, 12), también la sufrirán quienes quisieren vivir según nuestro auténtico espíritu. Esta es nuestra sabiduría y nuestra honra, sin otra ciencia que Jesús crucificado y sin otra gloria que la Cruz.

También nuestro Instituto será “blanco de contradicción” (Lc 2, 34). Mas no olvidemos que en la Cruz está el secreto de nuestra victoria: “Cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Co 12, 10).

Esta es nuestra vocación: “Humillados y triunfantes, aplastados y levantados, vencidos y vencedores, olvidados y convertidores de almas”.

¡Animémonos! Padres y Hermanos, Legionarios y Legionarias. “¡Ea! hermanos, vamos juntos; Jesús será con nosotros. Por Jesús tomamos esta cruz, por Jesús perseveremos en ella. Será nuestro auxiliador el que es nuestro capitán y fue nuestro ejemplo. Mirad a nuestro Rey que va delante de nosotros y peleará por nosotros. Sigámosle varonilmente; nadie tema los terrores; estamos preparados a morir con ánimo en la batalla y no demos tal afrenta a nuestra gloria que huyamos (1 Mac 9, 10) de la cruz” (Tomás de Kempis, *Imitación de Cristo*, l. 3, c. 56).

* * *

4ª Característica: plasticidad.

La plasticidad es una cualidad que poseen ciertos materiales de recibir diferentes formas. Plasticidad es sinónimo de flexibilidad, adaptabilidad, maleabilidad.

Se equivocaría lamentablemente quien, impresionado por su carácter viril y fuerte, acusase de rigidez a la espiritualidad ignaciana.

Todo lo contrario. Basta leer atentamente la vida y los escritos de San Ignacio, en particular los Ejercicios, para descubrir enseguida su adaptabilidad a toda clase de personas, de situaciones y de estados.

La plasticidad de San Ignacio es una consecuencia inmediata de su magnanimidad. El ansia de "lo que más", el celo de "la mayor gloria de Dios" y mayor bien de las almas le llevan a saber acomodarse o hacerse todo a todos para ganarlos a todos: "me hice todo para todos, para salvarlos a todos" (1 Co 9, 22). Este "hacerse todo a todos" lo llamaba San Ignacio "discreta caritas" (San Ignacio de Loyola, *Constituciones de la Compañía de Jesús*, VI, 3).

Sirvan de ejemplo varios pasajes de los Ejercicios.

Anotaciones: Los Ejercicios auténticos comprenden cuatro semanas. "Sin embargo, no se entienda que cada semana tenga de necesidad siete u ocho días en sí. Porque como acaece que en la primera semana unos son más tardos para hallar lo que buscan, es a saber, contrición, dolor, lágrimas de sus pecados; asimismo como unos sean más diligentes que otros y más agitados o probados de diversos espíritus, requiérese algunas veces acortar la semana y otras veces alargarla y así en todas las otras semanas siguientes, buscando las cosas según la materia en cuestión; pero poco más o menos se acabarán en treinta días" (anotación 4).

En la anotación 14, el director espiritual, si ve al ejercitante que anda consolado y con mucho fervor, "debe prevenir que no haga promesa ni voto alguno inconsiderado y precipitado y cuanto más lo conociere de ligera condición, tanto más le debe prevenir y advertir"... y "mucho debe mirar la propia condición y sujeto y cuánta ayuda o estorbo podrá hallar en cumplir la cosa que quisiese prometer".

En la 15ª, "el que da los ejercicios, no debe mover al que los recibe más a pobreza ni a promesa que a sus contrarios, ni a un estado y modo de vivir, que a otro, porque, dado, que fuera de los ejercicios lícita y meritoriamente podamos mover a todas personas, que probablemente tengan sujeto (personalidad), para elegir continencia, virginidad, religión y toda manera de perfección evangélica; sin embargo, en los tales ejercicios espirituales más conveniente y mucho mejor es, buscando la divina voluntad, que el mismo Criador y Señor se comunique a la su ánima devota abrazándola en su amor y alabanza y despidiéndola por la vía que mejor podrá servirle adelante. De manera que el que los da no se decante ni se incline a la una parte ni a la otra; mas, estando en medio como un peso, deje inmediatamente obrar al Criador con la criatura y a la criatura con su Criador y Señor".

Esta anotación encierra un principio importantísimo de dirección espiritual. San Ignacio, aquí como en todo, se revela verdaderamente sabio, admirable y director de conciencia insuperable.

Lo mismo cabe decir de la anotación 18:

"Según la disposición de las personas que quieran tomar ejercicios espirituales, es a saber, según que tienen edad, letras o ingenio, se han de aplicar los tales ejercicios; porque no se den a quien es de poca complexión, cosas que no pueda descansadamente llevar y aprovecharse con ellas. Asimismo, según que se quisieren disponer, se debe de dar a cada uno, porque más se pueda ayudar y aprovechar. Por tanto, al que se quiere ayudar para instruirse y para llegar hasta cierto grado de contentar a su ánima, se puede dar el examen particular y después el examen general; juntamente por media hora a la mañana el modo de orar sobre los mandamientos, pecados mortales, etc., encomendándole también la confesión de sus pecados de

ocho en ocho días y si puede tomar el sacramento de quince en quince y si afecta mejor de ocho en ocho.

Esta manera es más propia para personas más rudas o sin letras, declarándoles cada mandamiento y así de los pecados mortales, preceptos de la Iglesia, cinco sentidos y obras de misericordia. Asimismo, si el que da los ejercicios viere al que los recibe ser de poco subiecto o de poca capacidad natural, de quien no se espera mucho fruto; más conveniente es darle algunos de estos ejercicios leves hasta que se confiese de sus pecados y después dándole algunos exámenes de conciencia y orden de confesar más a menudo que solía, para conservarse en lo que ha ganado, no proceder adelante en materias de elección, ni en otros algunos ejercicios, que están fuera de la primera semana; mayormente cuando en otros se puede hacer mayor provecho, faltando tiempo para todo".

La anotación "sacar algún provecho" de los Ejercicios, es pues, algo muy ignaciano. Otra cosa sería la "superadaptación" en expresión de Pío XII, la cual es de reprobar totalmente: "Es una triste realidad que el licor pierde fuerza y la máquina potencia cuando (el método) se diluye en las aguas incoloras de la superadaptación o cuando se desmontan algunas piezas fundamentales del engranaje ignaciano" (Pío XII a la OEP, 24 octubre 1948).

Hablando de la postura del cuerpo a adoptar a la oración, San Ignacio es también muy elástico y condescendiente. "Entrar en la contemplación cuándo de rodillas, cuándo postrado en tierra, cuándo supino rostro arriba, cuándo asentado, cuándo en pie, andando siempre a buscar lo que quiero. En dos cosas advertiremos: la primera es que, si hallo lo que quiere de rodillas, no pasaré adelante y si postrado así mismo, etc.; la segunda, en el punto en el cual hallare lo que quiero, ahí me reposaré, sin tener ansia de pasar adelante hasta que me satisfaga".

Lo que le interesa sobre todo es el fin: "Andando siempre a buscar lo que quiero".

En punto de penitencias, San Ignacio sabe muy bien que "a algunos conviene hacer más penitencia y a otros menos" (EE, 89). Por cuya razón aconseja hacer tanteos y experiencias, "de manera que nos mudemos haciendo dos o tres días penitencias y otros dos o tres, no" (Ibid.), siempre vigilando, "que no se corrompa el subiecto" (EE, 83), porque Dios nuestro Señor, que "en infinito conoce nuestra natura, muchas veces en las tales mudanzas da a sentir a cada uno lo que le conviene" (EE, 89).

San Ignacio tiene muy en cuenta y sabe adaptarse a la complexión y estado físico del ejercitante, para sacar de él mayor rendimiento espiritual.

Causa admiración la exquisita preocupación y condescendencia del Santo a este respecto. Dos ejemplos: En una nota de la segunda semana, dice: "Es de advertir que, si la persona que hace los ejercicios es viejo o débil, o aunque fuerte, si de la primera semana ha quedado en alguna manera débil, es mejor que en esta segunda semana a lo menos algunas veces, no se levantando a media noche, hacer a la mañana una contemplación y otra a la hora de misa, y otra antes de comer, y sobre ellas una repetición a la hora de vísperas, y después el traer de los sentidos antes de la cena" (EE, 129).

El Padre Polanco nos ha dejado, entre otras, esta nota acerca del comer, dada de palabra por San Ignacio: "Cuando uno hace Ejercicios, siempre le sea demandado qué quiere

comer y désele, aunque pida una gallina o nonada, como él tuviere devoción; en tal modo que cuando hubiere acabado de comer, él mismo diga al que le quita los platos, o le lleva el comer, lo que quiere cenar; y así, después de la cena lo que querrá comer al día siguiente; porque esto júzgase ser de las cosas que más ayudan".

El ambiente exterior que rodea al ejercitante deberá ser también regulado según las disposiciones de éste. Así, por ejemplo, la 7ª adición de la segunda semana: "será que tanto se debe guardar en tener obscuridad y claridad, usar de buenos temporales o diversos, cuanto sintiere que le puede aprovechar y ayudar para hallar lo que desea la persona que se ejercita" (EE, 130).

Y en la 7ª nota de la cuarta semana dice San Ignacio: "Usar de claridad o temporales cómodos, así como en el verano de la frescura, y en el invierno de sol o de calor, en cuanto el ánimo piensa o juzga que la puede ayudar, para gozarse en su Criador y Redentor" (EE, 229).

No es menester insistir más en este punto. Todo lo que venimos diciendo muestra bien a las claras que San Ignacio ocultaba en un exterior rígido y austero, un corazón muy "humano", muy comprensivo y condescendiente.

Hay también quienes se quedan en la corteza del libro de los Ejercicios, y no ven en ellos más que una serie de prescripciones, anotaciones, adiciones, notas y preámbulos, que ahogan el alma, complican la vida espiritual y la convierten -dicen ellos- en números y matemáticas.

Estos tales, no han sabido penetrar en el espíritu de San Ignacio. Han confundido lo accidental con lo substancial. No se han dado cuenta de que esa serie de "menudencias", como dicen, no son lastre, sino alas. Su objeto es "ayudar" al alma. Tienen, pues, un valor relativo como de medio a fin.

No obstante, San Ignacio otorga mucha importancia a la fiel observancia de esas adiciones de tal manera que "el que da los ejercicios, cuando siente que al que se ejercita no le vienen algunas mociones espirituales en su ánimo, así como consolaciones o desolaciones, ni es agitado de varios espíritus, mucho le debe interrogar cerca los ejercicios, si los hace, a sus tiempos destinados y cómo; asimismo de las adiciones, si con diligencia las hace, pidiendo particularmente de cada cosa de estas" (anotación 6).

El Papa Pío XII habló en el mismo sentido dirigiéndose a los miembros de la Curia Generalicia y a los directores de tercer año de probación de la Compañía de Jesús (25 de marzo 1956): "Que vuestros tercerones" penetren cada vez más, estudien, gusten, aprecien, amen todo lo que está contenido en estas páginas: las notas, las adiciones, las meditaciones, las contemplaciones, las prescripciones; que aprendan con cuidado cual es la razón de ser de cada una de estas cosas, y por qué se encuentran en tal o tal lugar, y con qué fin".

Ya se adivina fácilmente cuál fue el secreto de esta plasticidad del espíritu ignaciano: la virtud de la prudencia desarrollada en alto grado.

La prudencia es una virtud moral y sobrenatural que inclina nuestro entendimiento a elegir, en todas las ocasiones, los medios más a propósito para nuestros fines, subordinando estos a nuestro último fin. El que quiere el fin, quiere los medios conducentes a él. Y el que

busca "lo que más" le conduce al último fin, buscará los medios más aptos para alcanzarlo. Ese tal será, sin duda, el más prudente.

Las Reglas de elección de los Ejercicios son un ejercicio perfecto de prudencia.

San Ignacio fue un modelo acabadísimo de prudencia. Recomendaba a sus hijos - como él mismo hacía- que supiesen adaptarse a los gustos y preocupaciones de las almas, para ganarse la simpatía, y empujarles enseguida hacia Dios, imitando en esto al ángel de tinieblas que se transforma en Ángel de luz, del cual es propio "entrar con la ánima devota y salir consigo" (EE, 332).

Asimismo, les recomendaba que adaptasen la dirección espiritual a las necesidades y aptitudes de cada uno. Condenaba como un error funesto, la pretensión de conducir todas las almas por un mismo camino. "Es una conducta llena de peligro querer conducir a las almas a la perfección por el mismo camino". "El que obre así no entiende cuán variados y múltiples son los dones del Espíritu Santo" (*Sentencias de San Ignacio de Loyola*).

El Padre Ribadeneira nos dice de San Ignacio que "solía reprehender mucho a los maestros de cosas espirituales que quieren regir a otros por sí, y medir a su talle los demás llevándolos por la manera de vivir y orar, que ellos hallan por experiencia ser buena y provechosa para sí. Decía que era esto muy peligroso, y de hombres que no conocen ni entienden los diversos dones del Espíritu Santo, y la diversidad de las gracias con que reparte sus misericordias, dando a cada uno sus propios y particulares dones, a unos de una manera, y a otros de otra".

"Para curar las enfermedades y pasiones que parecían ser unas mismas, algunas veces solía aplicar muy diversas medicinas, porque a unos curaba con suavidad y blandura, y a otros con severidad y rigor, y el suceso mostraba que para cada uno había sido la cura que se le hacía la más acertada. Y aún esta singular y divina prudencia que tenía no era una, ni usaba de ella de una misma manera, sino de muchas y muy varias".

"El amor de San Ignacio por los suyos -sigue Ribadeneira- no era flaco ni remiso, sino vivo y eficaz, suave y fuerte, tierno como amor de madre, y solícito y robusto como amor de padre, que procura que sus hijos cada día crezcan y se adelanten en honra virtud. Así nuestro bienaventurado padre tenía un cuidado extraño de que todos los que estaban a su cargo se aventajasen en toda virtud, y no se contentasen con lo que hasta allí habían ganado, sino que procurasen cada día ganar más; y para esto él los ayudaba, tratando a cada uno según su capacidad y fuerzas. A los que en la virtud eran niños, daba leche; a los aprovechados, pan con corteza; y a los perfectos trataba con más rigor, para que corriesen a rienda suelta a la perfección".

En las instrucciones y consejos a sus hijos acerca del trato con los prójimos, San Ignacio revela una prudencia exquisita. A los Padres Broët y Salmerón, enviados a Irlanda les recomienda entre otras cosas: "Para conversar y venir en amor de algunos grandes y mayores en mayor servicio de Dios nuestro Señor, mirar primero de qué condición sea y haceros de ella, es a saber: si es colérico y habla de presto y regocijado, tener en alguna manera conversación de su modo en buenas y santas cosas, y no mostrarse grave, flemático y melancólico. Los que a natura son recatados, tardos en hablar, graves y pesados en sus conversaciones, tomar el modo de ellos con ellos, porque aquello es lo que les agrada; me he hecho todo a todos.

Es de advertir que, si uno es de complejión colérica y conversa con otro colérico, si no son en todo de un mismo espíritu, hay grandísimo peligro que no desconcierten en conversaciones sus pláticas: por tanto, si uno conoce ser de complejión colérica debe de ir aún en todos los particulares cerca conversar con otros, si es posible, mucho armado con examen o con otro acuerdo de sufrir y no se alterar con el otro máxime si lo conoce enfermo. Si conversare con flemático o melancólico, no hay tanto peligro de desconcertar por vías de palabras precipitadas.

En todas conversaciones que queremos ganar, para meter en red de mayor servicio de Dios nuestro Señor, tengamos con otros la misma orden que el enemigo tiene con una buena ánima todo para el mal, nosotros todo para el bien, es a saber: el enemigo entra con él todo y sale consigo; entra con el otro no le contradiciendo sus costumbres, mas alabándoselas; toma familiaridad con el ánima, trayéndola a buenos y santos pensamientos, apacibles a la buena ánima; después, poco a poco procura salir consigo, trayéndole bajo capa de bien a algún inconveniente o error o ilusión, siempre al mal; así nosotros podemos para el bien alabar y conformar con uno cerca de alguna cosa particular buena, disimulando en las otras cosas que malas tiene, y ganando su amor hacemos nuestras cosas mejor; y así, entrando con él, salimos con nosotros.

Con los que sintiéremos tentados o tristes, habernos graciosamente con ellos, hablando largo, mostrando mucho placer y alegría, dentro y fuera, por ir al contrario de lo que sienten, para mayor edificación y consolación.

En todas conversaciones, máxime en poner paz y pláticas espirituales, estar advertidos, haciendo cuenta que todo lo que se habla puede o vendrá en público”.

Hemos visto cómo en la espiritualidad ignaciana se armonizan maravillosamente la precisión en los principios y la flexibilidad en su aplicación. Podríamos resumir esto en dos palabras: “Fortiter et suaviter” (“Fuerte y suavemente”). Rigidez en mantener los principios, junto con una extremada adaptabilidad a cada caso particular yendo a buscar siempre y en todo “lo que quiero”, esto es, “lo que más” me conduce para el fin para el cual he sido creado.

Hemos visto ya cómo la plasticidad es una consecuencia lógica de la magnanimidad. Y cómo al alma, por así decir, de la plasticidad engendra la virtud de la prudencia, que sabe adaptar los medios al fin.

Réstanos ahora, para terminar, descubrir dos elementos importantes incluidos en la prudencia, que juntamente con ella resaltan en la espiritualidad ignaciana: la discreción y el examen.

Discreción: Una persona será prudente si sabe discernir, es decir, distinguir, separar lo bueno de lo malo (o lo mejor de lo bueno de lo menos bueno).

En la espiritualidad ignaciana la discreción de los espíritus es algo fundamental. Sin duda las Reglas de discernimiento de los espíritus son los documentos más importantes del libro de los Ejercicios. Por la misma razón, la meditación de dos banderas es clave para entrar en las elecciones. Y sería ridículo entrar en la elección de estado, o bien en la reforma de vida, sin conocer y distinguir bien “la intención de Cristo nuestro Señor y, por contrario, la del enemigo de natura humana” (EE, 135); en otras palabras, sin antes “sentir y conocer las varias mociones que en la ánima se causan: las buenas para recibir y las malas para lanzar” (EE, 313). Por eso nos exhorta el apóstol San Juan: “Amadísimos, no creáis a cualquier espíritu, sino probad si el espíritu es de Dios” (1 Jn 4, 1).

"En faltando esta discreción, esta virtud, dice San Bernardo, pierde su lustre, y se cambia en vicio abominable. Porque la discreción es la que modera los afectos, regula las buenas costumbres, dirige todas las virtudes, y a todo da norma, da modo, da orden, da decoro y estabilidad. De donde infiere el Santo ser necesario que quien corre por la carrera de la cristiana perfección, lleve en la mano el hacha de la sabia discreción, si quiere llegar sin tropiezo a la consecución de la virtud, de quien ella es madre" (Scaramelli S.J., *Discernimiento de los Espíritus*).

Examen: La discreción supone necesariamente el examen de conciencia. "Conócete a ti mismo". Este ejercicio de introspección es característico en San Ignacio y en sus Ejercicios, de tal manera que se le ha llamado y con razón, "el apóstol del control de sí" y en las letanías que llevan su nombre: "severo examinador de tus pensamientos y de tus acciones". Sabemos por su historia, cómo acostumbraba a examinarse después de cada acción realizada. Siempre sobre sí, controlando los menores movimientos del alma. "Examinad todas las cosas", exhortaba San Pablo a los tesalonicenses (1 Tes 5, 21).

Si recorremos el libro de los Ejercicios nos quedaremos sorprendidos por la variedad de exámenes que encierra: no deja de ser significativo el detalle de nombrar el examen ya en la primera anotación: "La primera anotación es que, por este nombre, ejercicios espirituales, se entiende todo modo de examinar la consciencia"... etc. (EE, 1).

Nos ha presentado después el examen particular (EE, 24), el examen general (EE, 32), examen de la meditación (EE, 77), examen de las tentaciones (EE, 333), examen de las personas (EE, 342), examen para ordenarse en el comer (EE, 217) y examen en los modos de orar (EE, 240).

Y más: en carta a San Francisco de Borja (año 1542) le aconseja examinarse antes de la Comunión. A los Padres Broët y Salmerón (año 1541) les prescribe examinarse antes de conversar con los prójimos. Y a los superiores les impone el "examen de previsión" o "consideración" para el mejor gobierno de la Compañía (San Ignacio de Loyola, *Constituciones de la Compañía de Jesús*, IX c. 6).

Una de sus famosas sentencias dice así: "prever lo que se ha de hacer y someter a examen lo que se acaba de hacer, he aquí el medio más seguro para llegar a hacer bien".

Resumiendo, respecto del recto uso de los medios conducentes al fin: el examen los descubre, la discreción los distingue, la prudencia los aplica.

Examen, discreción y prudencia, he aquí los tres elementos indispensables para una sana adaptabilidad en la vida espiritual.

Mas la espiritualidad ignaciana no solamente se adapta y puede ayudar a los temperamentos y grados de vida espiritual los más diversos, sino que, en sentido inverso, es compatible con las demás espiritualidades, las cuales se adaptan fácilmente a ella, sin que por ello pierdan nada de su propia fisonomía.

He aquí, pues, otro aspecto interesante de la extraordinaria plasticidad ignaciana: lo que podríamos denominar su universalidad.

Oigamos al P. L. Lallemant S.J., uno de los maestros de la vida espiritual más eminentes del siglo XVII. "San Ignacio no nos ha asignado como propio casi nada en

particular, porque nuestro fin es la mayor gloria de Dios, y, como es preferible a todos los demás fines, y en ciertas circunstancias exige cosas contrarias a los fines particulares, ha sido necesario que no estemos determinados por alguno. Esto no nos impide abrazar todos en las ocasiones en que la mayor gloria de Dios lo pida. El espíritu de la Compañía nos hace de tal manera independientes, que podemos tomar parte en el espíritu de las otras Órdenes y en sus devociones, sin hacer por esto nada contra el espíritu de la Compañía, el cual, a causa de su universalidad es compatible con todos los otros. Es el espíritu de Jesús, quien es el General de la Iglesia. El espíritu de la Compañía es universal de una manera tan noble, que no hay en todos los diferentes estados de la Iglesia, algún espíritu de virtud que el nuestro no abrace; pero los toma todos, en tanto que no se excluyan el uno al otro”.

* * *

Nuestro espíritu, eminentemente ignaciano, no tiene tampoco nada de rígido y estrecho. Sabe, por el contrario, plegarse a las exigencias y necesidades de todos.

Nuestro espíritu es, si bien se considera, muy "flexible" valga la expresión (sin perder un ápice de su fisonomía, austeridad y exigencia), deja amplio margen a la prudente y sabia iniciativa de los superiores, a fin de que estos puedan dirigir a cada súbdito convenientemente, buscando siempre su mayor adelantamiento en la virtud. La "caridad discreta", como diría San Ignacio, es esencial en nuestra ascética.

La "Imitación de Cristo" nos habla de este ejercicio de penitencia: "No todos podemos ejercitar una misma cosa; unas convienen más a unos y otras a otros. También, según el tiempo, le son más a propósito diversos ejercicios, porque unos son mejores para las fiestas, otros para los días de trabajo. Necesitamos de unos para el tiempo de la tentación y de otros para el de la paz y sosiego. En unas cosas es bien pensar cuando estemos tristes, y en otras, cuando alegres en el Señor" (Tomás de Kempis, *Imitación de Cristo*, II, 19, 5).

Y el admirable Padre Colin C.SS.R. exhorta a los superiores con estas palabras: "No existen fórmulas de gobierno, hechas y derechas de antemano, rígidas, inmutables y que valgan para todos los casos, para todos los tiempos, para todos los lugares y para todas las circunstancias. Cada caso debe ser examinado y tratado aparte

No son idénticos todos los conventos. Cada Comunidad tiene su mentalidad, sus tradiciones, súbditos más o menos dóciles y manejables, una observancia regular más o menos perfecta y hasta puede suceder que en ella se encuentren verdaderos abusos. El superior prudente ha de tener en cuenta todo esto, y una vez informado de la situación material, intelectual y moral de su casa, proceder en consecuencia.

Otro tanto hay que decir de las almas que están bajo su jurisdicción. Cada una de ellas tiene su carácter, su temperamento, sus virtudes, sus pasiones, sus defectos, sus tendencias, sus necesidades y exige una dirección especial. Los religiosos no se forman en serie. Todo súbdito debe constituir un prototipo, único en su serie.

Por tanto, nada de absoluto ni de universal en el gobierno religioso. No cabe dudar de que los principios y las reglas que presiden este gobierno son inmutables como la verdad, pero su aplicación, por el contrario, varía hasta lo infinito, según el medio, los hombres y las circunstancias.

Ahora bien, conocer con exactitud lo singular, lo concreto bajo todos sus aspectos con el fin de adaptarse a él lo mejor posible y de esta manera obtener el máximo rendimiento, esto depende también de la virtud de la prudencia. "Por eso, es necesario que el prudente conozca los principios universales de la razón, y que conozca lo singular, sobre lo que versan las acciones" (S. Th. II-II, q. 47, a. 3)" (*El libro de los superiores* - Cap. XV).

* * *

Hemos analizado ya las cuatro características principales a que hemos reducido, en un esfuerzo de síntesis, los variadísimos elementos de la espiritualidad ignaciana, que lo son también de la nuestra.

Su orden lógico sería:

1ª - Magnanimidad: respecto del ideal "lo que más" (fin).

2ª - Plasticidad: respecto de su realización - adaptación (medios).

3ª - Racionalidad: respecto de la inteligencia.

4ª - Virilidad: respecto de la voluntad.

Como nos damos cuenta fácilmente, estas cuatro características constituyen un compendio de ascética y vida cristiana. Son como sus cuatro puntos cardinales.

Si quisiéramos aún reunirlos en una sola palabra, diríamos que la espiritualidad ignaciana es una espiritualidad práctica, que mira a formar la voluntad, para la santificación personal y el apostolado.

IV - FRUTOS DE LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

Sería tarea imposible recoger todos los frutos de la espiritualidad ignaciana. Se podría comparar, sin caer en exageración, la influencia ejercida por San Ignacio en el campo de la ascética con la influencia de Santo Tomás en el terreno de la filosofía y teología.

Inútil detenernos mucho en demostrar la potencia de sus dos grandes obras: Los Ejercicios Espirituales y la Compañía de Jesús.

a) En cuanto al libro de los Ejercicios basta decir que ha sido recomendado y alabado sucesivamente, nada menos que por cuarenta Papas, desde Paulo III a Francisco, y de un modo especial Pío XI, con las Cartas "Mens nostra" y "Meditantibus nobis". Muy pocos libros habrán recibido de la Santa Sede tantas alabanzas y recomendaciones.

El mismo San Ignacio confesaba ingenuamente al P. Miona, su confesor, que la práctica de los Ejercicios era "...todo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender; así para el hombre poderse aprovechar a sí mismo como para fructificar ayudar y aprovechar a otros muchos".

Dios sólo sabe el número de almas que se han convertido y santificado por los Ejercicios...

El libro de los Ejercicios fue una de las principales armas de que se sirvió la Iglesia para hacer frente a la falsa Reforma. San Ignacio fue un auténtico y providencial reformador, un "revolucionario", en el buen sentido de la palabra. Con sus Ejercicios hizo "fuego nuevo" en la Iglesia, y por él se reavivó el espíritu de muchas almas y comunidades religiosas.

Una pléyade de Santos bebió de la espiritualidad ignaciana de los Ejercicios.

Solamente la Compañía de Jesús ha dado a la Iglesia numerosos santos canonizados, muchos de ellos de primerísima categoría -si es lícito hablar así-, entre los cuales contamos con doctores de la Iglesia y mártires.

Fuera de la Compañía merecen citarse - entre otros - Santa Teresa de Jesús, San Felipe Neri, San Francisco de Sales, San Carlos Borromeo, San Antonio María Claret, San Leonardo de Puerto Mauricio, Santa María Magdalena de Pazzis, Santa Margarita María y Santa Magdalena-Sofía Barat.

En Argentina la espiritualidad ignaciana ha marcado profundamente su pueblo e influido en su historia. Ejemplos preclaros de quienes marcaron una estela de santidad, siguiendo a San Ignacio, son San José Gabriel del Rosario Brochero, y las beatas María Antonia de Paz y Figueroa y la Catalina de María Rodríguez.

Hoy día la práctica de los Ejercicios, cerrados y abiertos, se ha hecho popular. Millones de personas, de todas las clases y categorías, pasan anualmente por estos "cenáculos" de las casas de Ejercicios, como los llamó Pío XI. La Iglesia ha dado siempre la primacía al método ignaciano... "Mas es cosa averiguada que entre todos los métodos de Ejercicios Espirituales que muy laudablemente se fundan en los principios de la sana ascética católica, uno principalmente ha obtenido siempre la primacía, el cual, adornado con plenas y reiteradas aprobaciones de la Santa Sede, y ensalzado con las alabanzas de varones preclaros en santidad y ciencia del espíritu, ha producido en el espacio de casi cuatro siglos grandes frutos de santidad: nos referimos al método introducido por San Ignacio de Loyola, al que cumple llamar especial y principal maestro de los Ejercicios Espirituales"; (Pío XI, Encíclica *Mens nostra*).

La Iglesia no ha cesado de proclamar la perenne actualidad de los Santos Ejercicios: "cuyos acentos no han podido apagar los siglos, cuya eficacia y perenne actualidad entre otros las estáis predicando vosotros mismos" (Juan XXIII a la OEP 1962); así como su extraordinaria eficacia: "el medio más seguro para la formación cristiana" (Pío XI) "y alcanzar la cima de la vida espiritual" (Ibid.). ¿Por qué esa eficacia? Porque van derechamente a la raíz, es decir, a quitar los obstáculos al amor: los afectos desordenados.

Los Ejercicios tienen una fuerza irresistible, porque contienen la quintaesencia del Evangelio.

No encontraremos, por otra parte, espiritualidad más segura, que menos se preste a iluminismos, ilusionismos o falsos misticismos. San Ignacio, con ser uno de los más grandes místicos, era reservadísimo en esta materia. La historia le ha dado siempre la razón, a él y a sus hijos.

La ascética ignaciana, contenida principalmente en los Ejercicios, es, ¿por qué negarlo? desabrida y seca a la naturaleza caída... pero sabrosa y dulce al alma que tiene

hambre y sed de santidad. "Toma el libro y devóralo, y se hará amargo en tu vientre, pero dulce como la miel en tu boca" (Ap 10, 9).

Y con vistas al apostolado ¿qué medio más eficaz hallaremos?

"Pero de esta plenitud de vida cristiana, que a todas luces producen los Ejercicios Espirituales, además de la paz interior, brota como espontáneamente otro fruto muy exquisito, que redundante egregiamente en no escaso provecho social y es el ansia de ganar almas para Cristo, que llamamos espíritu apostólico". (Pío XI, Encíclica *Mens Nostra*). "Come este volumen y ve a hablar a los hijos de Israel" (Ap 3, 1).

b) Por lo que respecta a la Compañía fundada por San Ignacio, uno se queda sobrecogido de admiración al considerar su desarrollo y su potencia en el mundo a lo largo de los siglos: Casas de Ejercicios, insignes predicadores, expertos y comentaristas de los Ejercicios, miles de ejercitantes, muchos de ellos que han influido notablemente en la vida de la Iglesia y del mundo.

V - CONCLUSIÓN

Nuestro humilde Instituto se gloria de haber nacido en el seno de esta gran familia ignaciana. También en su pequeñez, pueden empezar ya a contarse y a recogerse sus abundantes y dulces frutos... todo, gracias a los Ejercicios, quintaesencia de la espiritualidad ignaciana.

¡Ay del día en que los Padres y Hermanos, Legionarios y Legionarias, comencemos a perder la confianza en los Ejercicios!

¡Ay del día en que los Padres y Hermanos, Legionarios y Legionarias, comencemos a perder el entusiasmo por los Ejercicios!

¡Ay del día en que los Padres y Hermanos, Legionarios y Legionarias, comencemos a "cansarnos" de dar Ejercicios!

A los Superiores, Padres espirituales, Profesores, Dirigentes y todos sin distinción, nos incumbe hoy un triple y grave deber:

En primer lugar, una sólida formación en la espiritualidad ignaciana. Debemos ser, por vocación, especialistas en la materia. Conocer a fondo las fuentes y documentos.

En segundo lugar, una fidelidad a toda prueba en el uso de este medio maravilloso de santificación y apostolado, defendiéndolo contra todo posible espíritu de innovación o de cansancio.

En tercer lugar, irradiar a nuestro alrededor este entusiasmo por la espiritualidad ignaciana, empezando, claro está, por nuestras comunidades. Ser órganos de tradición, conscientes de nuestra responsabilidad ante las generaciones futuras.

Somos ignacianos. Vivamos el espíritu de San Ignacio.

Somos ignacianos. Sepamos transmitir este espíritu a los que vendrán después de nosotros. "Lo que hemos oído y aprendido, y lo que nuestros padres nos contaron no lo ocultaremos a sus hijos, lo contaremos a la generación venidera" (Sal 77, 3-4).

Somos ignacianos. Es un título de gloria, que nos debe llenar de agradecimiento y de gozo.

¡Padres y Hermanos! ¡Legionarios y Legionarias! alistados bajo la bandera ignaciana, cerremos nuestras filas, fijes los ojos en San Ignacio, nuestro capitán, ese ángel valeroso enviado por Dios a la tierra en estos últimos tiempos, revestido de una nube, sobre su cabeza el arco iris, su cara como el sol, y sus pies como columnas de fuego; en su mano tiene un librito abierto, su pie derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra... (cfr. Ap 10, 9).

Sepamos leer en este librito que nos ofrece, tomémosle de su mano y apretándole fuertemente sobre nuestro pecho vayamos por el mundo conquistando almas para Cristo.

Quiera San Ignacio enardecer nuestros corazones de amor y devoción hacia él.

Sirva de broche de oro para cerrar estas páginas una bellísima oración a San Ignacio que, como un suspiro amoroso de hijo para con tal padre, brotó del alma de Ribadeneira:

"¡Padre mío dulcísimo, sacerdote santo, confesor ilustre, capitán esforzado, ministro fiel de Dios, patriarca glorioso de tantos hijos! ¡Oh Ignacio amabilísimo, gloria de nuestro siglo, ornamento de tu Religión, amparo y defensa de la Santa Iglesia Católica, la cual por ti y por tus hijos dilataste y hasta hoy día no cesas de amparar y amplificar!

Padre, a quien, entre todos los amados y escogidos de Dios, con particular amor y devoción mi ánima reverencia y después de su benditísima y purísima Madre, y de mi ángel de guarda, en quien con entrañable devoción tiene puesta su confianza; a vos acudo, a vos doy voces y postrado ante vuestros pies, en este valle de lágrimas, en el abismo de pecados y miserias, pido socorro. Mirad, alma santa, con ojos de piedad a esta ánima pecadora; mirad Padre dulcísimo, con benignidad a este vuestro inútil y desaprovechado hijo; pues estáis en el puerto seguro, acordaos de los que todavía navegamos por las ondas y peligros de este mar tempestuoso; y pues ya gozáis del premio de vuestras victorias y peleas, dad la mano a vuestros soldados que están rodeados y apretados de sus enemigos.

Por aquella soberana e inestimable gracia con que andando vos envuelto y anegado en vuestra vanidades, el Señor os previno y os llamó y trocó, y esforzó y escogió, y os hizo tan glorioso en la tierra y en el cielo, os pido, ruego y suplico que me alcancéis perdón de mis innumerables y graves pecados, con los cuales ofendía a la Divina Majestad, antes que yo os tomase por Maestro y Padre, y alumbrado con el rayo y luz del cielo, comenzaste a ver y aborrecer el estado miserable en que estaba mi ánima pecadora.

Por aquel espíritu admirable y divino con que os enriqueció y vistió el Señor, para que como un animoso y robusto gigante corriédes vuestra carrera, y resistiédes con espantosa constancia a todos los golpes de la desnudez y pobreza, de la penitencia y aspereza, de las persecuciones y aflicciones, de los trabajos y peligros, de los dolores y afrentas que pasaste y venciste en el discurso de vuestra vida; por su amor os pido que supliquéis al mismo Señor que las venció en vos, que me perdona a mi mis flaquezas,

desmayos y regalos, y que de aquí adelante levante mi espíritu caído, y le esfuerce para que en algo os pueda imitar.

Por aquella sabiduría y luz inexplicable con que Dios adornó y esclareció vuestra ánima y le infundió la traza y modelo de esta Religión que fundastes, y un instituto y manera de vida tan santa, tan perfecta, tan cabal, tan proporcionada a nuestra flaqueza, y tan conveniente a nuestros miserables tiempos, humildemente os suplico, Padre amantísimo, que a mí y a todos vuestros hijos presentes y por venir nos impetréis del Señor que es fuente de luz y os comunicó a vos esta luz soberana, para que veamos las luces y resplandores que en este instituto se encierran, para amar, estimar y guardar entera y puramente con grande solicitud y cuidado lo que de tan alta mano por la vuestra recibimos.

Alcanzadnos una oración continua y fervorosa, una mortificación de nuestras pasiones severa y prudente; un trato entre nosotros amoroso, pacífico y llano; con los prójimos recatado, circunspecto, grave, espiritual y agradable; una pureza y cantidad angélica; una sed insaciable del bien de las ánimas, y de padecer por ellas trabajos, persecuciones y afrentas; una paciencia invencible, una mansedumbre benigna, una perseverancia hasta el cabo, y finalmente, un espíritu imitador de vuestro espíritu y una gracia tan universal y tan perfecta, que, si no igualare, a lo menos sea semejante e hija de la que recibisteis para vos y para nos de la mano de vuestro buen Padre y Señor.

Dad a nuestros superiores espíritu de verdaderos y espirituales padres; a los súbditos, de perfecta obediencia; a los que enseñan, de sabiduría; a los que aprenden, de humildad; a los predicadores, de celo sobrio y discreto; a los confesores, de compasión y eficacia para curar las llagas de los pecadores: a los que andan entre herejes, de fe y constancia; a los que por amor del Señor se destierran de su patria, y desamparando todas las cosas de este mundo, y en él las ánimas ciegas, para alumbrarlas con nueva luz del santo Evangelio, dadles un espíritu apostólico y una fortaleza insuperables; a nuestros novicios, conocimiento y estima de su vocación; a los coadjutores, devoción humilde y humildad devota; y sobre todo, dadnos aquella pura y sencilla intención en todas nuestras obras de la mayor gloria divina, que vos pretendisteis y buscasteis y es el blanco de vuestro instituto, y el meollo, raíz y fundamento de todo lo que nos enseñaste a todos vuestros hijos.

¡Oh Padre Santo, Oh Padre bienaventurado! Dadnos una parte de vuestro espíritu, que por pequeña que sea, bastará para todos, y por mucho que con ellos repartáis, siempre se os quedará sin menoscabo, seguro y todo entero, como el espíritu de Moisés que repartió con los setenta y dos ancianos. Y digo que deis, porque puesto caso que el Señor es el autor y donador y fuente de todos los dones, de la cual se deriva todo lo bueno y perfecto en el cielo y en la tierra, pero estáis vos tan conjunto con esta fuente de vida, y agradastes tanto a este Señor, que no dudo sino que alcanzaréis todo lo que suplicáredes para beneficio de los devotos e hijos que el mismo Señor os dio; el cual vive y reina por los siglos de los siglos. Amen”.

A. M. D. G.

ÍNDICE

I - INTRODUCCIÓN	4
Espiritualidad y espiritualidades.....	4
II - “¿POR QUÉ SOMOS IGNACIANOS?”	6
III - PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS DE LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA	7
1ª Característica: racionalidad.....	8
2ª Característica: magnanimidad.....	15
3ª Característica: virilidad.	20
4ª Característica: plasticidad.....	43
IV - FRUTOS DE LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA	51
V - CONCLUSIÓN	53

1ª Edición: Pozuelo de Alarcón, España - 16 de febrero del año del Señor 1963.

2ª Edición corregida y actualizada: Roldán, Santa Fe, Argentina - 10 de julio del año del Señor 2022.